

LOBOS DEL ESPACIO

CLARK CARRADOS

Lobos del espacio

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/157

CAPÍTULO I

Se despertó con un horrible dolor de cabeza y la lengua tan gruesa como una salchicha alemana. Tenía la garganta reseca y los párpados le pesaban como si fuesen de plomo.

A pesar de todo, hizo un esfuerzo y abrió los ojos. Los volvió a cerrar casi instantáneamente.

—¡Huy, qué malo debo de estar! —comentó para sí, en silencio, pues no podía despegar la lengua del paladar.

Durante el tiempo, brevísimo, que había tenido los ojos abiertos, había visto danzar alocadamente ante él los objetos que le rodeaban. Estaba tendido en un lecho y éste parecía empinarse, como queriéndolo arrojar de su seno.

—Anoche debí de beber como un bestia —murmuró, moviendo apenas los labios.

Todavía permaneció unos minutos en aquella posición, con los ojos cerrados, inspirando y espirando profundamente, con rítmica regularidad, a fin de mejorar su estado.

El dolor de cabeza le asestó varias crueles lanzadas, pero éstas cesaban bien pronto, retirándose para dejar paso a un malestar general, una densa pesadez que sólo podría remediar con una buena ducha, café y un par de tabletas de aspirina. Pero antes de hacerlo, quería ver si se

hallaba en condiciones de levantarse.

Al fin abrió los ojos. Por unos momentos, clavó su vista en el techo, no atreviéndose a bajarla al resto de la estancia. Así estuvo unos segundos.

Bruscamente, lanzó un aullido que atronó el lugar.

Se olvidó de todos sus dolores y malestares. Quiso tirarse de la cama, pero lo hizo con tanta fuerza, que se elevó dos o tres metros en el aire, cayendo luego al suelo con mucha lentitud.

—¡Dios mío! ¿Dónde estoy? ¿Quién me ha traído aquí?

Instantáneamente se dio cuenta de que se hallaba a bordo de una astronave. El más lerdo, sin mirar siquiera a través del redondo «ojo de buey» que había encima de la litera donde hasta ahora había estado durmiendo, podía adivinarlo con echar solamente una simple ojeada a la cámara. Su experiencia no le engañaba. También se dio cuenta de que no era una astronave de pasajeros. Éstas se hallaban mucho mejor cuidadas y conservadas que en la que él viajaba actualmente. En ninguna de las primeras se veían los desconchones de pintura, caída por el paso del tiempo y permitiendo el acceso del óxido al acero, y además estaban equipadas con una gravedad normal, en lugar de tenerla a un cuarto o a un quinto de la terrestre.

Olvidado momentáneamente de todas sus molestias físicas, fue hacia la puerta e intentó abrirla, pero no pudo.

Estaba encerrado en un camarote de muy reducido tamaño, tanto que podía alcanzar el techo con la mano. Tenía dos metros de anchura, justo para dar cabida a la cama, por otros tantos de longitud, pero la litera robaba casi uno, de modo que apenas si le quedaba espacio para moverse. En un ángulo se veían unas cortinillas que ocultaban la ducha y el aseo. Y nada más.

Se palpó los bolsillos en busca de tabaco, sintiendo de repente la comezón de fumar un cigarrillo. Pero se encontró con que había sido registrado total y absolutamente, de modo que salvo las ropas puestas, arrugadas y deformes por haber dormido con ellas, no tenía nada más encima.

Se pasó una mano por la frente, notándola ardorosa. Vaciló unos segundos, pero se rehízo casi en seguida.

—Vamos a ver —murmuró en voz alta, tratando de darse ánimos para

no volverse loco ante aquel misterio que le resultaba incomprensible —. Anoche estaba yo en Marte, en Heliópolis. Cené en «La Cigarra de Oro» con mis amigos Whittaker y Pebler. Después fuimos a «Ariadna», pero el espectáculo nos aburría, y ni siquiera la botella de champaña que se nos sirvió fue suficiente para disipar nuestro hastío.

»En vista de ello, decidimos encaminar nuestros pasos hacia...

Lo recordaba nítidamente. Parecía que el vino consumido en la cena, más el champaña que tomaron posteriormente, no les había causado ningún efecto. Lo notaron algo más tarde, en «La Créole», un tugurio de los más infectos que había en Heliópolis y al que sólo iban gentes de la más baja estofa o seres, como ellos, ávidos de emociones fuertes.

«La Créole» era el punto do cita de todos los astronautas civiles. Allí se hacían y deshacían contratos de vuelo espacial y se efectuaban tratos que de comerciales sólo tenían el nombre y la apariencia, pero cuyo fondo estaba absolutamente reñido con las leyes. En «La Créole» se reunían oficiales y tripulantes de los cargueros espaciales y una espesa fauna que pululaba en derredor de ellos, sabiéndolos desprendidos y con el dinero fácil. Contrabandistas, asesinos de alquiler, vendedoras de... sus gracias, traficantes en drogas, jugadores, fulleros, profesionales de las apuestas, ladrones... Toda esta muchedumbre propicia al delito, cuando no abiertamente dentro de él, se daba cita en aquel local, el de peor reputación de Heliópolis, donde era fama que no se había visto un uniforme policíaco. A menos que su propietario entrase por la puerta de servicio, para recibir de Hank Vinson, el propietario del local, algún suculento soborno. Pero ésta era una cosa para pensada y no dicha.

Por otra parte, Vinson era hombre que solía arreglar sus asuntos sin molestar a la policía. No toleraba broncas ni peleas, y si alguien sentía hervir bruscamente su sangre y se liaba a tortazos con un rival, hacía entrar inmediatamente en acción a sus guardaespaldas, los cuales arrojaban al arroyo a los bronquistas, sin más contemplaciones. Y así marchaba «La Créole», rindiendo unos magníficos dividendos a su propietario.

Pero, en los últimos tiempos, «La Créole» tenía unos motivos especiales para atraer más clientela. Él no lo había descubierto hasta la noche anterior. Se trataba de Maxine.

Era muy rubia y muy blanca, de tez lechosa y cuerpo espléndido. Tenía los ojos azules y los labios rojos, pero la expresión de dulzura de su rostro armonizaba mal con aquel antro de perdición. Y, sin

embargo, Maxine era la mejor atracción de «La Créole».

Cuando Maxine cantaba, con su suavísima voz, todos los murmullos cesaban, los tratos se suspendían y hasta los beodos consuetudinarios se olvidaban de continuar vaciando su copa. No era una voz potente, pero sí cautivadora en extremo y la forma en que «decía» las canciones tenía fama de ablandar las piedras.

Estuvo oyéndola cantar con sus amigos, en un suspenso y casi religioso silencio. Cuando Maxine terminó su actuación, «La Créole» pareció que iba a hundirse con los aplausos.

Después habían seguido bebiendo. Solos no: alguien más se les había agregado. ¿Quiénes eran?

Tenía una vaga idea de sus compañeros de francachela. Usaban el negro uniforme de los astronautas mercantes. Uno de ellos llevaba galones dorados en las hombreras. Habían dicho sus nombres, pero ya no los recordaba. Como tampoco recordaba la forma en que había salido de «La Créole». Lo único que sabía era que se encontraba allí, a bordo de una astronave, viajando por el espacio y, por lo que podía juzgar, a gran distancia ya de Marte, convertido en un rojizo puntito en el espacio.

Golpeó la puerta con los puños, hirviéndole el pecho de cólera. ¿Qué broma era aquella? No lo podía tolerar; era joven y fuerte y estaba dispuesto a partirle la boca al primero que…

Le cortaron los irritados pensamientos en seco. La puerta se abrió.

Un hombre penetró por ella, sosteniendo una bandeja con alimentos en la mano. Se precipitó contra él.

—¡Cuidado, amiguito! —le espetó el tripulante—. No me importa que tires la bandeja, pero si lo haces, te quedarás sin desayunar.

—¡No quiero desayunar! —estalló—. ¡Quiero salir de aquí! ¡Exijo ver al capitán de esta nave! ¡Inmediatamente! ¿Me oye?

—No soy sordo, compañero. Efectivamente, verás al capitán; él también quiere verte a ti. Pero —¡qué cosas más raras!—, ha dicho que primero tomes algo de alimento. Después de la juerga que te corriste hace dos días, necesitas comer.

Así, pues, no había sido la noche anterior cuando estuvo en «La Créole», sino dos noches antes. ¿Cómo había podido dormir tanto?

—¿Eh? ¿Qué dices…? No puede ser; es absurdo.

El tripulante se encogió de hombros. Apretó un botón y, chirriando por falta de grasa, una plancheta salió de la pared, a la cabecera de la cama, haciendo de mesita. Dejó allí la bandeja y se plantó en jarras, mirándolo.

—Escucha, amiguito; si puede ser o no, me es igual; yo lo que sé, porque no me he emborrachado hace más de un mes —¡qué cosa más rara!—, es que ya hace dos días que zarpamos de Marte, ¿te enteras? A propósito, mi nombre es Ben. ¿Y el tuyo?

—Curlin, Denis Curlin.

—Mucho gusto, Denis. Ea, cómete ese desayuno, antes de que se enfríe. Y no hagas esperar mucho al viejo. Tiene muy malas pulgas cuando se impacienta, ¿sabes?

—¿El… viejo? —repitió Denis, estúpidamente por cierto, porque la antigua costumbre de llamar así al capitán de una nave marítima, se había conservado desde los tiempos de los barcos de vela hasta aquel momento.

—Sí, aunque su nombre verdadero es Berghoff. Ole Berghoff. Y no te olvides de llamarle señor, cuando le contestes, ¿entiendes?

—Pero… pero yo… Ben, ¿puedes decírmelo tú? ¿Quien diablos me ha traído aquí? ¿Por qué me encuentro yo a bordo de esta astronave?

Ben le guiñó un ojo.

—¡Buena la cogiste, amiguito! Pero no te preocupes. Ahora descansarás tranquilamente, más adelante, como yo, pescarás vidrios. Ya verás, es una bonita ocupación.

Una lenta sospecha empezó a abrirse en el todavía torpe cerebro del joven.

Nervioso, asió el brazo del otro.

—Ben, no me irás a decir que…

Ben movió lentamente la cabeza, de arriba, abajo.

—Sí, amigo mío, sí. Por raro que te parezca, es eso exactamente que han hecho contigo.

—¡Entonces es un secuestro! ¡Un rapto! ¡Me han traído aquí a la fuerza y...! ¡Iré a protestar al capitán Berghoff! ¡Esto no se puede tolerar!

Apenas pronunciadas estas palabras, Denis se tiró hacia la puerta, pero Ben fue mucho más rápido que él y le cerró el paso, mirándole malignamente.

—Come primero. Es una orden del capitán. Y cuando el viejo da una orden, todo el mundo la cumple, so pena de enfrentarse con sus puños, ¿entiendes? Te aseguro que si una vez pruebas sus puños, no te quedarán más ganas de repetirlo. ¡Vamos, a comer se ha dicho!

Acaso sugestionado por la decidida actitud del tripulante, acaso impulsado por las punzadas del hambre, que se le había despertado avasallador en los últimos momentos, Denis se decidió a obedecer. Los huevos estaban duros y la manteca casi helada, además de que el café era poco menos que agua sucia, pero no en balde su organismo llevaba dos días sin alimento alguno.

Cuando terminó, Ben, que lo había estado contemplando especulativamente, le dijo:

—¡Sígueme!

Salieron de la cámara.

Atravesaron un largo corredor, flanqueado de puertas por ambas partes, cruzándose con algunos tripulantes de aspecto sucio y desastrado, sin afeitar la mayoría, llevando algunos de ellos, incluso, las ropas desgarradas. En los pocos que vio hasta su llegada a la cámara del capitán, se pudo dar cuenta de que allí estaban representadas todas las razas del globo y no precisamente por ejemplares que las prestigiasen.

Nadie le prestó la menor atención. Algunos, si acaso, le contemplaron emitiendo unas irónicas risitas que al joven le parecieron de malísimo agüero. Pero antes de que se pudiera reparar en más detalles, Denis se vio ante la puerta de la cámara del capitán.

Denis se dio cuenta del abandono que había en la nave. Faltaba la pintura en muchos sitios; el plástico del suelo estaba deteriorado, con agujeros que nadie se preocupaba de rellenar; los rótulos e indicadores aparecían medio borrados, cuando no faltaban por completo y, para completar el cuadro, no funcionaba el sistema de anillas transportadoras que se utilizaban en las naves de baja gravedad para

ir con mayor rapidez de un sitio a otro, sin necesidad de tener que ir pegando con la cabeza en el techo, a causa de los largos saltos necesarios para avanzar de prisa.

Pero ya la puerta se abría y Ben le empujaba. Quedó, antes de que pudiera darse cuenta, frente a frente con el capitán.

El jefe de la nave estaba escribiendo atentamente, con no mucha práctica, a juzgar por su lentitud. No pareció haberle visto y, por su parte, Denis, instintivamente, para no empeorar su situación, guardó silencio.

De pronto, Berghoff dio media vuelta y se puso en pie. Denis se quedó sin aliento al ver la fabulosa constitución física de aquel hombre.

Era, quizá, más bajo que él, pero tan ancho como alto. Tenía el torso como un barril, la cabeza enorme y cuadrada, los músculos de sus brazos parecían troncos de árboles y sus manos se asemejaban con fiel exactitud a sendos sacos de patatas. Denis juzgó enorme, colosal, la potencia física del capitán Berghoff, llegando a estimar, incluso, hasta pobres las afirmaciones de Ben.

—Bien —dijo Berghoff, mirándole de hito en hito—. De modo que ya se ha despertado usted, ¿eh? Un buen sueño, amigo Curlin. ¿Está descansado ya?

—Estoy harto de su nave, capitán, si es eso a lo que usted se refiere —dijo Denis—. ¿Por qué me trajeron aquí?

Las espesas cejas de Berghoff se juntaron.

Se volvió y tomó de la mesa un documento de tamaño folio, que tendió al joven.

—Léalo —dijo—. Al pie está su firma, Curlin.

Estupefacto, el joven leyó rápidamente las líneas allí escritas.

Era un contrato de embarque, protocolizado debidamente, en el cual se aseguraba que él, Denis Curlin, se alistaba voluntariamente como tripulante a las órdenes del capitán Ole Berghoff, de la nave «Speranza», durante un tiempo no inferior a dos años, que podía prorrogarse a entera satisfacción de ambas partes contratantes, si convenía.

La firma era suya, por supuesto, pero Denis no recordaba el momento

en que la había estampado allí.

—¡Eso es una inmunda sarta de mentiras! —explotó al cabo. ¡He sido objeto de un engaño! ¡Alguien me emborrachó...!

De pronto se sintió empujado hacia atrás. Su espalda chocó contra el mamparo más próximo, al mismo tiempo que sentía bruscamente cortada su respiración.

En medio de la neblina que velaba sus ojos, pudo ver sobre él la cara del capitán, inclinado de tal modo que quedara a corta distancia de su rostro.

Los ojos de Berghoff despedían llamas.

—¡Nadie viene a mi nave si no es voluntario!, ¿me entiendes, estúpido? Tú firmaste ese documento y ahora habrás de atenerte a las consecuencias, o de lo contrario te juntaré el pecho con la espalda a patadas. ¡Levántate! ¡Levántate te digo, imbécil!

Pero Denis estaba muy débil. Se daba cuenta de que Berghoff no había utilizado toda su fuerza muscular, mas aun así, el golpe recibido había sido fenomenal.

—Sigo sosteniendo que me han secuestrado —repuso desde el suelo, procurando dar a su débil voz un acento de firmeza.

Berghoff lo levantó en el aire, sosteniéndole con una mano, en tanto que acercaba la otra, cerrada, a su cara.

—¡Maldito petimetre! ¡Demasiado os conozco a ti y a todos los de tu ralea! ¡Firmáis un contrato, percibiendo una suculenta suma a cuenta de vuestros devengos y luego os negáis a reconocer lo que habéis prometido, en un momento de delirio alcohólico! Pero yo te enseñaré a respetar al capitán Berghoff y a obedecerle sin rechistar, ¿lo oyes? Estarás dos años conmigo, tal como marca el contrato; luego puedes irte al infierno, si quieres.

Denis no contestó. Se sentía aún muy flojo y, además, físicamente inferior al capitán. Dominó, pues, la rabia que le devoraba y permaneció silencioso hasta que Berghoff, con un leve empujón, le hizo recorrer a la carrera, de espaldas, todo el espacio que tenía tras sí hasta el mamparo.

—Por ahora eres un tripulante de la «Speranza» y harás todo lo que te mande yo o cualquiera de mis oficiales. Y cuidadito con protestar;

aquí tenemos medios muy eficaces para dominar a los que se sienten rebeldes.

Denis se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Sea como sea, estoy aquí contra mi voluntad —dijo—. Ignoro el medio de que se han valido para obtener mi firma, pero puedo decirle que no ha sido con mi asentimiento.

—Llevabas encima una barrica de licor; ¿qué culpa tengo yo, idiota?

—Aunque así fuera. Tengo dinero suficiente para resarcirle de los gastos que le cause el rompimiento del contrato, capitán.

Berghoff frunció el ceño.

—Busca al contramaestre. Se llama Tarlik I. Él te dirá lo que tienes que hacer.

—No.

—La próxima vez que contestes algo, sea favorable o desfavorable, haz el favor de añadir la palabra señor, siempre que estés hablando con un superior, ¿me entiendes? ¡Largo de aquí!

—No, señor.

Berghoff se ajustó los pantalones con gesto maquinal. Parecía torpe como un oso, pero, de pronto, Denis se encontró doblado sobre sí mismo padeciendo las mil torturas del infierno. Algo que parecía una tonelada de cemento se estrelló contra su oreja y cayó al suelo.

En medio de su doloroso aturdimiento, sintió que la puerta era abierta y que las manos del capitán le izaban en el aire.

—¡Contramaestre! —vociferó Berghoff, atronando el corredor—: ¡Venga inmediatamente y enséñele sus obligaciones a este estúpido!

Incapaz de resistirse, Denis se sintió volar por el aire. Su cabeza chocó contra algo muy duro y volvió a dormirse.

CAPÍTULO II

Era curioso, pensó Denis. Un venusino, contramaestre de una astronave terrestre. ¿Dónde se había visto tal cosa?

Tarlik I tenía todo el aspecto de los hombres nacidos en el segundo planeta. De mediana estatura, poseía la fuerza de un hércules, cediendo en este aspecto tan sólo a su brutal jefe, el capitán Berghoff.

La piel de Tarlik I era verdosa, con escamas en la parte exterior de sus brazos y muslos, el dorso de las manos, y en algunas regiones del pecho y de la espalda, además de las mejillas. Sus ojos eran muy oblicuos y rasgados, de tal modo que literalmente parecían dos hendiduras en la carne, y brillaban con una fosforescencia peculiar. El pelo habla sido sustituido también por escamas, que sólo le ocupaban el centro de la cabeza, naciendo casi en el puente de la nariz, en forma puntiaguda, que se ensanchaba luego hasta llegar a la nuca, en donde empalmaba con las de la espalda.

El contramaestre vestía someramente. Unos pantalones cortos, de los cuales pendía constantemente un ancho y afilado cuchillo, cuyo objeto no se comprendía contemplando el enorme grosor de los músculos de sus brazos y piernas, además del espacioso tórax. Sin embargo lo llevaba, y Denis adivinó, en la feroz mirada que le dirigió el contramaestre, el gusto con que lo habría empleado en su garganta. No había venusino que no sintiese odio a muerte por los terrestres, aunque de éstos lo aceptaran todo: desde la educación que les permitía alternar con ellos, hasta los empleos. Pero así había sido desde el principio y no parecía que aquel momento fuera el más apropiado para cambiar las cosas.

—Sígueme —le dijo Tarlik I con cara hosca.

Después de que se recuperara de su desvanecimiento, el sentido común se había impuesto. Había decidido no oponerse jamás a los ocupantes de la nave, cuyo número no conocía aún exactamente. Era una tontería intentar escaparse de una astronave que volaba raudamente por el espacio. ¿Adónde ir? ¿Qué rumbo llevar? Y, sobre todo, ¿qué medio emplear para la huida?

Viejas historias, que jamás hubiera creído fueran capaces de repetirse en los tiempos presentes, acudieron a su mente. Relatos de marineros reclutados a la fuerza o por medio del engaño que se les hacía emborrachándolos hasta que perdían el sentido, cobraron actualidad en su caso. Naturalmente, los hombres que trepaban a las vergas y

aferraban las velas, habían sido reemplazados por hombres que sabían la técnica de la astronáutica, la maquinaria nuclear y el modo de gobernar una nave del espacio, y conocían una serie de cosas tales sobre física, electrónica y otras ciencias como jamás se hubiera podido soñar.

Pero él no era uno de ellos. A duras penas podía, cuando estaba en la Tierra, distinguir la estrella Polar. ¿Por qué, pues, un hombre que no tenía conocimientos especiales sobre astronáutica o alguna de las ciencias relacionadas con el arte de navegar por el espacio, había sido raptado, obligándole a formar parte de la dotación de aquel carguero?

Nadie se lo había dicho, de momento. Pero ya lo sabría. Sin embargo, debería aguardar el instante preciso. Una nave, y más como aquélla, no soportaba dos años seguidos en el espacio. Algún día recalaría en algún astropuerto, y entonces...

El corredor se acabó, desembocando súbitamente en una sala repleta de instrumentos científicos, de los cuales él apenas si tenía una vaga idea.

Frente a la puerta de entrada había una serie de amplios ventanales por los cuales se divisaba la negra noche del espacio, punteada por millones de chispitas de luz. Sentado indolentemente ante uno de los aparatos había un hombre.

El hombre volvió el rostro. Era joven, pero se le veía gastado por la disipación y el vicio. Sonrió al ver a Denis, con aire burlón.

—¡Ah! De modo que éste es el nuevo...

Tarlik I lanzó un rugido.

—Ponte en pie, Macower. ¿Olvidas delante de quién te encuentras? ¿O tendré que enseñarte la disciplina a golpes?

Una chispa de ira apareció en el rostro de Macower, prestamente dominada, sin embargo.

—Sí —dijo lentamente, devorado en su interior por la furia que se veía obligado a reprimir.

—Señor —dijo el contramaestre.

—Sí, señor —murmuró Macower, poniéndose en pie.

—Eso está mejor —cloqueó el venusino—. Escucha, éste es el nuevo. Se llama Curlin. De momento hará la guardia contigo para que aprenda a mantener el rumbo...

Un timbrazo sonó bruscamente. Tarlik I y Macower, olvidadas momentáneamente sus diferencias, saltaron hacia distintos puntos de la nave, agarrándose a unas anillas que pendían del techo por medio de sendas correas.

—¡Cógete a una, idiota! —rugió el contramaestre.

Denis se había quedado en el centro de la cámara, contemplando estupefacto el gesto de los dos hombres. Intuyó que debía obedecer sin rechistar a Tarlik I, pero antes de que pudiera cogerse a la anilla más cercana se sintió arrojado con terrible fuerza a un lado.

Milagrosamente pudo parar la mayor parte del golpe, pero, aun así, no resultó nada agradable. Algo prominente se le clavó en un costado, al mismo tiempo que su rodilla chocaba dolorosamente contra una cosa muy dura. Lanzó un aullido de dolor.

Tarlik I y Macower se descolgaron de las anillas. Pero ninguno de ellos hizo la menor intención de ayudarle a levantarse. Tuvo que hacerlo por sí mismo, renqueando al andar, en tanto apoyaba una de sus manos en el costado afectado.

—¡Eres un imbécil! —gruñó el contramaestre—. Podías haberte roto la cabeza, y, entonces, ¿de qué nos habría servido tu presencia aquí? Fíjate bien en lo que voy a decirte: cada vez que oigas uno de esos timbrazos busca una anilla o, si estás sentado, ponte las correas de sujeción. Esta vez has salido bien librado; a la próxima, es probable que desparrames tus sesos por el suelo... ¡y te juro que antes de lanzar al espacio tu cadáver te los hago recoger!

Mientras recibía, con un dolorido silencio, el sofión del contramaestre, observaba con el rabillo del ojo a Macower, en cuyo rostro flotaba una expresión de burla.

—Macower te enseñará los primeros rudimentos durante su guardia. Después, cuando haya terminado, te diré lo que tienes que hacer. ¿Me has oído?

—Sí —repuso el joven.

—Señor; no lo olvides nunca cuando hables con alguien superior a ti.

—Sí, señor —murmuró impasible, empezando a acariciar la idea de una venganza diabólica, en la cual se veía hurgando en las tripas de Tarlik I con cuchillo y tenedor… de pescado.

El contramaestre se fue. Macower sacó cigarrillos y le alargó uno.

—Ven, muchacho; siéntate aquí. ¿Cómo ha dicho esa serpiente que te llamabas?

—Denis Curlin —contestó rencorosamente el joven.

Macower lo empujó suavemente hasta un sillón contiguo al suyo. Denis acogió complacido la cómoda blandura del mueble, sujeto firmemente al suelo, aunque sin demostrarlo exteriormente.

Se dio cuenta de que la sala de mandos era lo único limpio y cuidado de la nave, de lo poco que había visto hasta aquel momento. Era lógico, porque de un gobierno correcto de la misma dependían sus existencias en todo momento.

—¿Qué… qué me ocurrió antes, cuando salí despedido? —se arriesgó a preguntar tímidamente.

Macower se echó a reír.

—¡Ah, aquello! Sí, un meteorito. Tenemos un detector en funcionamiento permanente, el cual nos avisa de la presencia de meteoritos desde una distancia de diez mil millas. Me refiero a pedruscos que viajan en dirección contraria a la nuestra y que podrían chocar con la nave. No necesito decirte lo que ocurriría si tal cosa llegara a suceder. Entonces suena un timbre, y la nave, automáticamente, se desvía un poco de su ruta, a la que vuelve unos minutos más tarde. Desde que suena el timbre hasta que entran en funcionamiento los chorros laterales, hay treinta segundos de tiempo para poder asirse a algún sitio que impida el empujón. Tú no lo hiciste, y… bien, ya has visto las consecuencias.

—Sí —murmuró, frotándose la todavía dolorida rodilla. Pasó casi un minuto antes de continuar—. Lo que yo me pregunto es cómo diablos se las arreglaron para traerme aquí.

Macower se echó a reír de nuevo.

—Te emborracharían y, para mayor seguridad, echarían alguna droga en tu copa. El resto fue fácil.

—Pero yo… pero yo ¿qué diablos hago aquí? No sé nada de nada de cuanto se refiere a la astronáutica y…

—Ya lo aprenderás; tienes aún dos meses largos de viaje, y, además, para lo que te quieren, no es necesario que sepas gran cosa.

—Nunca creí que a estas alturas se cometieran secuestros como el mío —se lamentó Denis.

—¡Cuidado! Que no te oiga el viejo, ni ninguno de sus oficiales, hablar de esa forma. Estás alistado aquí por tu voluntad, ¿comprendes?

Denis asintió amargamente;

—Vi el contrato. Incluso estaba protocolizado. ¿Cómo diablos pudieron hacerlo?

—El capitán Berghoff es perro viejo y nunca le faltan unos cuantos contratos como el tuyo. Tiene amistades en muchas partes, ¿sabes?

—Esa clase de amistades cuestan mucho dinero… —dijo hoscamente el joven.

Macower se encogió de hombros.

—Berghoff es un avaro. Cuenta hasta los cigarrillos que te da, cobrándotelos a doble precio, por supuesto; pero, para ciertas cosas, tiene la mano muy pródiga. Claro es que cuenta con recuperar, al menos, cincuenta por cada «garant» que ha dado; de otro modo, no lo haría.

Denis se dio cuenta, por el tono de voz de su compañero, que éste había sido, en tiempos, hombre de cultura. Pero no de una cultura meramente superficial, como la que se necesitaba para gobernar una astronave, sino más profunda, de la que se adquiere estudiando durante mucho tiempo y sobre diversidad de temas; especialmente los relacionados con el espíritu.

—Me parece que tú, como yo, estás descentrado en esta nave —dijo Denis—. Poco he visto de ella, pero creo hallarme en un buque pirata. ¿Por qué estás aquí?

Macower frunció el ceño.

—Te voy a dar un consejo, Curlin. No preguntes nunca a nadie sobre lo que hacía antes de embarcar en la «Speranza». Aparte de ser

indiscreto, podría costarte un buen puñetazo en la nariz, ¿entiendes? Si quieres sobrevivir, mira, oye y calla, menos cuando te hable un superior, por supuesto.

Denis asintió.

—Lo siento.

A continuación Macower empezó a instruirle, empezando por las cosas más superficiales. En realidad, mantener el rumbo de la nave era sencillo, puesto que no hacía falta más que vigilar unos cuantos indicadores. Lo verdaderamente difícil eran los despegues y aterrizajes, así como la aceleración y establecimiento de órbitas. Al lado de los indicadores había unas cuantas manijas, con puño esférico, al pie de cada una de las cuales se veía un número, indicador de la posición que ocupaba cada chorro, tanto los propulsores, como los laterales y superiores e inferiores, que servían para la corrección en vuelo de los rumbos y órbitas. Aún había muchísimos más instrumentos; pero Macower, por el momento, sólo juzgó oportuno enseñarle el manejo de los citados, así como el de las pantallas detectoras y visoras.

En los primeros momentos Denis prestó muy poca atención a las palabras de su compañero. Su imaginación estaba hondamente preocupada con el futuro que le aguardaba a bordo de aquella nave, cuyas actividades, con toda seguridad y dada la forma en que había sido traído a bordo, no debían de andar muy acordes con la ley. Pero siempre había sido hombre razonable, y el convencimiento de su momentánea impotencia le hizo decirse que no le serviría de nada rebelarse y que lo mejor era acomodarse a su nueva situación. Lo demás, con un poco de paciencia, vendría por sus pasos contados.

El tiempo se le pasó inexplicablemente pronto. Un hombre entró en la cámara.

—Hola, Shokura.

Denis miró al individuo a quien Macower acababa de saludar, japonés a juzgar por su nombre y rasgos fisonómicos. Shokura sonrió de modo desagradable.

—Este es el «pipiolo» que embarcamos en Heliópolis, ¿eh? ¿Cómo te llamas, amigo?

Denis dio su nombre.

—Lo lamento por ti, amigo —dijo el japonés, apartando a Macower y sentándose en el sitio que éste había dejado—. ¿Alguna novedad, Mac?

—Ninguna. La ruta de costumbre.

Shokura escupió por un colmillo.

—Bueno, podéis marcharos. Yo me quedo aquí.

Salieron.

—Vamos al comedor; es hora de tomar algo —dijo brevemente Macower.

Denis asintió. El sitio indicado estaba en la parte opuesta, un piso más abajo, y en el momento aquel se hallaba casi totalmente ocupado.

El joven se sorprendió al ver la cantidad de hombres que había allí. Más de veinte, según pudo calcular, y representando a todas las razas y nacionalidades del globo.

Casi ninguno de los demás tripulantes le dirigió otra cosa que una indiferente mirada, después de que Macower hubo pronunciado en voz alta su nombre, a guisa de presentación. Todos estaban muy atareados comiendo, y no eran precisamente silenciosos al mover las mandíbulas.

Un hombre cojo se movía en torno a la mesa, cuya cabecera estaba ocupada por dos individuos en cuyas hombreras se veían galones dorados, y a los que Denis supuso oficiales de la nave. Macower pasó sus piernas por encima de una silla, sentándose frente a un plato, cuyo contenido empezó a despachar con hambrienta prisa.

Denis iba a hacer lo mismo cuando, de pronto, sintió que una mano le tocaba el hombro.

—Tú, no —le dijo el cojo.

Denis lo miró asombrado.

—Ven conmigo.

El joven obedeció. Desconocedor de los usos de a bordo, se dijo que lo mejor era, en los primeros momentos, permanecer a la expectativa. Caminó detrás del individuo, el cual se detuvo al lado de uno de los oficiales.

—La llave de la despensa, señor.

El hombre se limpió la boca con el dorso de la mano e instantáneamente prorrumpió en un chorro de injurias que hicieron enrojecer a Denis. Pero el cocinero las escuchó como quien oye llover, con gesto aburrido, sin darse por aludido por las continuas menciones que el oficial había hecho de sus antepasados.

Los tres hombres pasaron a una habitación inmediata, llena de armarios, todos ellos cerrados herméticamente. Siempre en medio de insultos, el oficial preguntó al cojo lo que quería, y éste lo señaló.

Un armario fue abierto y sacaron de él unas cuantas latas y botellas de leche condensada, así como café en polvo. El oficial contó cuidadosamente los víveres extraídos, haciendo la anotación en una libreta, y luego, soltando una larga serie de bufidos, se marchó, haciendo de Denis el mismo caso que hubiera hecho de un perro.

Cuando se quedaron solos, el cojo se acercó a una mesa y dijo:

—Ayúdame, Curlin. ¡Ah! Por si no lo sabías, me llamo Stevens.

—Mucho gusto, Stevens.

—No digo lo mismo respecto de ti, Curlin, porque caer en las garras de Berghoff es infinitamente peor que caer en las de Satanás. Te trajeron borracho e inconsciente, ¿verdad?

El joven se encogió de hombros con indiferencia.

—Así debió de ser, supongo. Pero de nada sirve rebelarse ahora.

—Me alegro de que te tomes las cosas con tanta calma, Curlin. Sí, de nada sirve patalear. Lo mejor es dejarlo correr; ya llegará el momento y...

Denis se dio cuenta de que en las palabras de Stevens latía un odio infinito. Stevens era un hombre de unos cuarenta años, que antes debió ostentar una gallarda estampa y que ahora, y no sólo por su cojera, era una ruina física. Tenía el rostro lleno de cicatrices y las encías se veían con más de un hueco, que no se había preocupado de llenar.

—No me mires así —dijo Stevens ásperamente, en tanto que se dedicaba a abrir latas y disponer su contenido en los platos que había sobre la mesa—. Estas cicatrices y esta cojera se deben a una paliza

que me propinaron entre el viejo y su contramaestre, ¡malditos sean! Un día los cogeré por mi cuenta y…

Stevens continuó soltando maldiciones, superando al oficial en la variedad de sus insultos. Cuando se quedó sin aliento miró a Denis y le guiñó un ojo, al mismo tiempo que hacía una mueca.

—No me hagas caso, chico; todo esto que he dicho no son más que fantasías, ¿sabes?

—Comprendo. Oye, Stevens: he estado un buen rato con Macower durante su guardia, pero no se me ha ocurrido preguntarle a dónde vamos ni qué es lo que se hace en esta nave.

—¡Cómo! ¿Es que no lo sabes? —se asombró el cocinero.

—Pues no, si te he de ser sincero. Nadie me lo ha dicho y yo…

—Es incomprensible —murmuró Stevens, meneando la cabeza—. Incomprensible. Bueno: para que lo sepas, vamos a Saturno a buscar barro azul.

—¿Saturno? ¿Barro azul?

Stevens fue a abrir la boca, pero antes de que pudiera emitir un sonido, un fenomenal griterío llegó hasta los oídos de ambos.

CAPÍTULO III

La causa del escándalo, según pudo ver Denis, asomado desde la puerta de la despensa, era una violenta discusión que sostenían dos tripulantes, los cuales, de pronto, se enzarzaron en una feroz pelea a puñetazos, en medio de la indiferencia de unos y el jolgorio de otros.

Pero la pelea se resolvió bien pronto. Los dos oficiales salieron de su estatismo y apoyados por Tarlik I y otro venusiano, acometieron a puntapiés y puñetazos, prodigados imparcialmente a ambos combatientes, los cuales, sucumbiendo al número, acabaron por rodar por el suelo, maltrechos y sangrantes.

En aquel momento hizo su aparición el capitán,

—¿Qué ha ocurrido aquí? — preguntó.

Uno de los oficiales le informó brevemente, en tanto los dos luchadores pugnaban por ponerse en pie.

—Que los encierren en sus camarotes, a pan y agua hasta que yo diga —gruñó Berghoff, el cual, inmediatamente, se despreocupó del asunto, dirigiéndose a la cabecera de la mesa, ante la que se sentó, empezando inmediatamente a devorar ruidosamente su comida.

Al cabo de un rato reparó en Denis, que continuaba aún en la puerta de la despensa.

—¿Qué haces tú ahí, estúpido? Acércate.

Denis obedeció en silencio.

—Siéntate ahí, que te vea yo bien la cara. Stevens, dale de comer.

—Sí, señor —contestó servilmente el cocinero.

Comieron en silencio. Para este acto no había disciplina alguna. Cada uno comía a su gusto y al terminar, sin saludar siquiera, se levantaba y se iba. Poco a poco, el comedor se fue vaciando, hasta que sólo quedaron en él Berghoff, Denis y el cocinero.

—¿Con quién estuviste de guardia, Curlin?

Denis se lo dijo. Berghoff torció el gesto.

—Un mal bicho —gruñó—. Una mala bestia, a pesar de su aspecto educado y de buena persona. Te aconsejo que hables con él lo menos posible, ¿me entiendes?

—Sí, señor.

—Muchos de los que hay aquí, darían todas sus ganancias de los cinco años pasados y de los cinco venideros, sólo por el placer de rebanarme el pescuezo. Stevens es uno de ellos, ¿no es verdad, cocinero?

—¡Je, je! Usted tiene ganas de broma, capitán —rió el aludido, con gesto servil.

—¡No digas nunca lo que no sientes, pedazo de muía! Todavía te acuerdas de la paliza que te dimos entre Tarlik I y yo, y sé que estás aguardando desde entonces la ocasión para vengarte. Pero yo duermo siempre con un ojo abierto y tengo otro en la nuca, ¿sabes?

—Sí, capitán.

—Ésta es una tripulación de asesinos —continuó Berghoff, dirigiéndose al joven—, y si no los tuviera constantemente metidos en un puño, acabarían subiéndoseme a las barbas. No hay hombre que deteste más que yo la violencia, pero no tengo otro remedio que apoyarme en ella, ¿entiendes, Curlin?

—Sí, señor.

—No te fíes de lo que te digan los demás. Haz siempre lo que te ordene yo o cualquiera de mis oficiales, los únicos que, en cierto modo, me son adictos, y marcharás bien. De lo contrario… —y Berghoff dejó en suspenso su perorata, concluida con una cínica sonrisa, llena de siniestro significado.

—Sí, señor.

—Te alistaste con nosotros por dos años. Este plazo pasará pronto. Al terminar, te encontrarás rico y no lamentarás el que te trajéramos a bordo con engaños. Necesitábamos un tripulante sin demora y tuvimos que recurrir al viejo truco de drogarte la bebida.

—Sí, señor —asintió Denis, pensando en que una de las caras de los oficiales le resultaba vagamente conocida. Seguramente habrían entablado conocimiento con él en «La Créole» la célebre noche y…

—Ésta es una vieja nave, como habrás podido observar. Pero la «Speranza» responde fielmente a su nombre y nunca nos ha defraudado. Hace ya cincuenta años que la construyeron; faltan en ella muchos de los adelantos técnicos que ahora se estilan, pero no la cambiaría por una recién salida de los astilleros ni que me ofrecieran el globo terráqueo convertido en oro. Yo conozco a la «Speranza» y ella me conoce a mí, ¿te das cuenta?

Él asintió.

Sí, Denis se daba cuenta. El capitán Berghoff era un hombre que vivía fuera de su siglo. A bordo de una nave pirata o comandando un bergantín negrero, hubiera sido infinitamente feliz. De todas formas, no se daba mala maña.

Berghoff seguía hablando con la boca llena, devorando prodigiosas cantidades de comida.

—Sigue mi consejo y todo te irá muy bien, Curlin. A propósito, no te

he preguntado qué es lo que hacías en Marte.

—Estaba de vacaciones. Bueno, a medias, capitán. También estaba aprovechando para reunir materiales con destino a una tesis que pienso... que pensaba —se corrió—, presentar sobre la influencia de las extinguidas civilizaciones marcianas en la urbanización de las grandes ciudades terrestres.

Berghoff torció el gesto.

—¿Y eso, qué diablos es?

—Arquitectura, señor.

—¿Eres escultor?

Denis sonrió imperceptiblemente.

—No, señor; aunque sí aficionado a las bellas artes. Y la Arquitectura, bien mirado, es una de ellas.

—¡Puah! —hizo un gesto despectivo el capitán—. Yo no entiendo de ello y vivo tan ricamente. Mucho mejor que tú, con toda seguridad.

—Posiblemente.

—Señor —frunció el ceño Berghoff.

—Señor —repitió impasible el joven.

Berghoff terminó lo que parecía ser una inacabable comida y luego se retrepó en el asiento, acariciándose el vientre.

—¡Una comida magnífica, cocinero!

Detrás de él, los ojos de Stevens brillaron con furia asesina. Denis vio moverse sus labios y supo al instante lo que decía. «Lástima no revientes, cerdo.»

—Gracias, señor.

—Vete, cocinero. Deseo quedarme a solas con Curlin.

Stevens obedeció. Cuando se quedaron los dos solos en la pieza, el capitán encendió un largo habano. Expulsó el humo y miró fijamente a Denis.

—Curlin, tú me has caído en gracia.

—A mí no me hace ninguna, señor — dijo el joven secamente.

—Lo comprendo —rió el capitán—. Pero, de todas formas, tú te has comportado mucho mejor que otros, naturalmente, no fuiste el primero en llegar a la «Speranza» de este modo. Algunos quisieron matarme, otros declararon la huelga del hambre y no faltó quien se quiso lanzar por una esclusa al espacio, sin otro traje que el de Adán. Pero a todos los dominé yo, ¿me oyes?

—Sí, señor.

—En cambio, tú has sido distinto a todos. Protestaste un poco, es cierto, pero en seguida te acomodaste a la nueva situación.

—Nunca me ha gustado ladrar a la luna, capitán.

—Una posición muy sensata, muchacho. Sigue así y, como te dije antes, al final de los dos años, te encontrarás rico.

Denis sonrió despectivamente.

—No me irá a decir que vamos a buscar oro en Saturno, ¿verdad?

Berghoff le miró con aire indefinible unos segundos; después, sonriendo con aire indefinible, dijo:

—Algo mejor que oro, muchísimo mejor, Curlin... ¡arcilla azul!

* * *

El tiempo se deslizaba muy lentamente a bordo de la astronave, donde las distracciones eran forzosamente muy reducidas. Poner la radio o jugar interminables partidas de naipes, con vales de papel a cuenta de las futuras ganancias, eran las diversiones más notables que había a bordo, de las cuales apenas si se aprovechaba el joven.

En tres semanas que habían transcurrido desde el momento de la partida, Denis había llegado a conocer a toda la tripulación, en la cual, aparte de todas las razas y nacionalidades, estaban representados todos los caracteres e idiosincrasias.

Estaban Buckles, el primer oficial; Staunton y Peterson, segundo y tercero, todos tan crueles y duros como su capitán; y Tarlik I y Tarlik II, el contramaestre y su hermano, éste tripulante raso, pero admitido tácitamente en la comunidad de oficiales.

Luego venían los demás. El grupo de expertos, compuesto por Joulac y Päako, francés y finlandés, respectivamente; los navegantes Mac Dougal, Bournemouth y Splinder y los maquinistas Coral, Gálvez y D'Orlini. Después, un montón de tripulantes sin especialidad fija, entre los cuales se contaban, además del cocinero Stevens, Ben, el hombre a quien Denis viera primero en la nave, y una docena más, llamados B'Mongo, cuyo nombre indicaba sobradamente su africana procedencia; Eskimo, a quien se le llamaba así por ser esquimal, sin que nadie supiera nada más de él; Shokura, japonés, y Prong Dath, un tibetano de ojos oblicuos y pómulos salientes; Svernoff y Davidachi, rusos; dos mejicanos o españoles o sudamericanos, no se sabía ni nadie se preocupaba de más, que atendían por Sánchez y Lacalle; Smith, Macower y Salmson, yanquis, cerrando la lista un alemán, Beckman, y un búlgaro, Dimitrov.

En total, un pelotón de hombres duros y decididos, dignos descendientes de los piratas que antaño asolaron los mares, cuyos rostros y acciones casaban perfectamente con el calificativo… aunque dentro de la nave ninguno había hecho nada que lo justificara, porque, al parecer, todo se guardaba para Saturno. Qué era lo que iban a buscar allí, aún lo ignoraba Denis en parte, porque nadie era muy explícito con él y en parte porque el joven, queriéndose ahorrar bufidos como respuesta, se había abstenido, prudentemente, de hacer más indagaciones. Le llevaban y él se dejaba llevar.

Durante todo aquel tiempo fue aprendiendo, poco a poco, lo más elemental para el manejo de la nave. La «Speranza» era una nave construida para viajar de estación a estación del espacio, no entre éste y la tierra, por lo que su forma exterior no era aerodinámica ni mucho menos. Substancialmente, consistía en dos enormes esferas, en una de las cuales, la mayor, estaban los mandos, controles, alojamientos y depósitos de víveres y pertrechos, hallándose unida a la esfera inferior, en donde rugía el azul infierno de la radiactividad por un estrecho cilindro de casi setenta metros de largo. Era una nave del tipo «dump bell», o pesa de gimnasia, ya conocida, al menos visualmente, del joven, pero en la cual había advertido, a lo largo del «mango» de la pesa, una serie de extrañas protuberancias, doce o más, cuyo objeto no acababa de comprender todavía.

Nadie era muy explicito con él y la mayoría, incluso, le rehuían. Sólo

Macower parecía gustar de su conversación, pero al joven se le había llegado a hacer antipático por sus continuas pullas, algunas de las cuales se pasaban francamente de la raya. Macower era igual con todo el mundo y ni siquiera las feroces amenazas de que era objeto conseguían frenar su viperina lengua. Nadie le tocaba, conocida la reputación del capitán Berghoff en cuanto a peleas, pero Denis no estaba muy seguro de verlo un día u otro con un cuchillo clavado en las costillas hasta la guarda.

A la mitad de la cuarta semana de viaje ocurrió algo que rompió, por unos momentos, la monotonía del mismo. Denis no lo supo por el momento, pero más tarde habría de tocar las consecuencias del incidente.

Päako, el radio finlandés, recibió un mensaje. Cifrado, naturalmente. Cumpliendo su obligación, se lo llevó al capitán.

Berghoff frunció el ceño al ver la serie de palabras, aparentemente sin sentido, que componían el mensaje. Conocía la procedencia, desde luego, pero le extrañaba que le comunicasen algo cuando ya habían rebasado la órbita de los asteroides y Júpiter era un redondelito brillante en el cielo, visible perfectamente a simple vista.

El mensaje decía lo siguiente:

«Tía María está muy preocupada por tu salud. Envía urgentemente informe médico para proporcionarte tratamiento. Saludos. Pedro.»

Después de unos momentos de vacilación Berghoff sacó el libro de cifra. Con el mensaje en la mano fue comparando uno y otro.

«Tía María» estaba bien claro: se refería a la policía. Concretamente a las patrullas del espacio, las cuales, él bien lo sabía, ya hacía tiempo sospechaban de sus actividades, sin que hasta la fecha hubieran podido atraparle. «Muy preocupada por tu salud», componían un grupo de palabras de desagradable significado: «envían agente secreto». «Remite urgentemente informe médico para proporcionarte tratamiento», quería decir que, con toda posibilidad, dicho agente se hallaba ya a bordo de la nave. «Saludos» significaba «cuidado: elimínalo a la primera», y en cuanto a «Pedro», era el seudónimo de la persona que le comunicaba tan desdichadas noticias.

Berghoff permaneció unos momentos con el mensaje en la mano, meditando acerca de lo que debía hacer. Pensó en guardar silencio, sin comunicar a nadie el contenido del mensaje, pero a última hora rectificó.

Deliberadamente arrojó por su boca un torrente de insultos, entre los cuales, de modo hábil, deslizó algunas frases de ambiguo significado, pero que pudieran ser entendidas por Päako, que, en pie, aguardaba la respuesta al mensaje. Así, el radio supo la noticia y Berghoff estuvo seguro de que pronto estaría enterada toda la tripulación.

Esto le convenía. Salvo Denis, todos los tripulantes eran perros viejos de la nave que llevaban hechos con él, el que menos, tres o cuatro cruceros. De ninguno había tenido queja hasta entonces, y nadie, que él supiera, se había ido de la lengua en sus breves estadías en los astropuertos de los planetas del sistema. A Berghoff le parecía muy rara la profesión de Denis y casi desde el primer momento juzgó al joven como el agente secreto que acababan de abandonarle.

Maldijo profusamente a su segundo, pero para sí, por haber sido tan estúpido como para haber tragado el anzuelo que tan hábilmente le había lanzado la policía del espacio. Esto era lo que querían aquellos granujas: infiltrar a uno de sus hombres en la dotación de la sospechosa «Speranza». Y al parecer, lo habían conseguido.

Pues bien, él les daría la lección correspondiente.

Sin embargo, no podía arriesgarse a obrar de una manera precipitada: dejaría que fuera el mismo Denis quien se descubriera… si no lo hacía antes alguno de sus hombres, cosa que era, precisamente, lo que andaba buscando.

Inclinándose sobre el libro de cifra, garrapateó unas cuantas palabras, refiriéndose a su tensión arterial y pulsaciones, que luego entregó al radio. El mensaje significaba qué se daba por enterado, que lo agradecía y, más en lenguaje vulgar, que en cuanto pudiera pondría las peras a cuarto al desdichado que había osado meterse en la boca del lobo, que era él, naturalmente.

—Transmite esto —dijo secamente.

—Sí, señor —contestó Päako, saludando y retirándose.

La noticia de que había un agente especial a bordo no tardó en hacerse del dominio público. Denis notó algo y especial, puesto que las reticencias habían aumentado. El vacío que se le hacía alrededor

aumentó e incluso Macower arreció en sus pullas. Pero nadie le dijo en concreto de qué se trataba.

Aparte de esto, el joven hacía tiempo ya que estaba trazándose un plan. Estaba a bordo contra su voluntad y, si le era posible, no quería seguir adelante. La arcilla azul le importaba un ardite y ni siquiera se había preocupado del significado de la frase. Cumplía su deber lo mejor posible y no se metía con nadie, tratando, con toda prudencia, de evitar incidentes que a nada bueno podían conducirle.

La ocasión buscada hacía tanto tiempo no tardó en producirse.

Había terminado una de sus guardias en la cámara de mando, cuatro aburridas horas, sin otro consuelo que la radio, ya que ni la televisión era posible tener, a causa de la gran distorsión con que se recibían las imágenes transmitidas desde Marte. Salió al corredor y vio la puerta de la cámara de radio abierta.

El corazón le golpeó fuertemente en el pecho. Ni Joulac ni Päako estaban allí, cosa rara, porque ninguno de los dos acostumbraba a dejar solos los aparatos. Arrojó un vistazo en torno suyo, se convenció de que no había nadie más por los alrededores y luego, de un salto, se coló en la cámara.

¡Había allí varios micrófonos y auriculares. Denis tomó uno de ellos, colocándose los auriculares en la cabeza, después de lo cual empezó a tantear el terreno en busca de alguien que pudiera contestar a sus inciertas llamadas.

De pronto, una voz surgió por los auriculares:

—¡Aquí, astronave «Florida»! ¿Quién está llamando? ¡Conteste! ¡Astronave «Florida» al habla!

—¡Astronave «Speranza» al habla! —contestó de inmediato el joven—. Por favor, necesito que transmitan un mensaje urgente.

—¿Tenéis estropeada la radio de larga, «Speranza»? —preguntaron desde la «Florida».

—No sé. Tome nota, por favor. El capitán Berghoff...

—El capitán Berghoff envía saludos al capitán de la «Florida» y agradece sus buenas intenciones. Acabamos de arreglar la radio de larga y ya nos las apañaremos nosotros para transmitir ese mensaje. Gracias y adiós, amigos.

Se oyó un chasquido, alguien dio media vuelta al interruptor y cuando Denis giró sobre sí mismo se encontró con los rostros de Tarlik I, su hermano, tan repelente como él, y la cínica sonrisa de Macower.

CAPÍTULO IV

La pesada mano de Tarlik I cayó sobre su mejilla, tirándole de espaldas antes de que pudiera aprestarse a la defensiva.

Instantáneamente, Denis sintió que un velo rojo obscurecía sus facciones. Aprovechándose de la escasa gravedad se levantó de un salto, arrojándose con ciega furia contra el venusino.

Fue un acto impremeditado.

Tarlik I quedó un instante sorprendido. Jamás desde que había ascendido a contramaestre se le había sublevado ningún tripulante. Aquella ocasión fue bien aprovechada por el joven para largarle un feroz puñetazo al vientre que lo hizo desplomarse de espaldas, lanzando agudísimos aullidos de dolor.

Tarlik II se abalanzó sobre él. Denis lo recibió con un uno—dos de terroríficos efectos que derribaron al venusino, pese a su colosal envergadura, como fulminado por un mazazo.

Quedaba Macower solamente. Éste también se le echó encima, pero Denis lo alcanzó fácilmente con un directo a la mandíbula. Macower cayó.

Sin embargo, la lucha no había acabado del todo. Tarlik I se había repuesto, más que del golpe, de la sorpresa y caía sobre él.

Denis sintió que los ojos se le llenaban instantáneamente de lágrimas cuando un durísimo puño se estrelló contra su mentón, despidiéndole de espaldas. Quedó un segundo apoyado en la pared, jadeante, tratando de recobrar el aliento, pero antes de que pudiera hacerlo los dos hermanos le molieron a puñetazos y puntapiés.

Lanzó algunos golpes que apenas si tuvieron efectividad, dado que sus fuerzas habían disminuido sensiblemente. Rehechos los dos hermanos,

era imposible ya vencerlos, y así, al cabo de unos minutos, Denis se encontró en el suelo, sangrando por tres o cuatro sitios y con todo el cuerpo convertido en un cardenal.

Tarlik II se lo echó bajo el brazo, sacándolo de allí con toda facilidad. Le siguió su hermano, el cual no se preocupó poco ni mucho del inconsciente Macower, y unos momentos más tarde llegaban a la cámara del capitán.

Berghoff alzó inquisitivo una ceja al ver penetrar a los tres hombres. Tarlik II abrió los brazos y Denis cayó al suelo, convertido en una masa de dolor puro,

El capitán fue informado ampliamente de lo sucedido. Sonrió, satisfecho:

—De modo que éste es el tipo que andábamos buscando, ¿eh?

—Así es, capitán, y le sorprendimos cuando había llegado a contactar con la «Florida».

—¡Hum! Un chico listo, a lo que parece —comentó Berghoff—. Vamos a ver, ¿qué tienes tú que decir?

Un pie golpeó violentamente las costillas de Denis. Jadeante, escupiendo sangre, el joven se medio incorporó en el suelo.

—Están equivocados conmigo —resopló con dificultad. Todas las costillas le dolían horriblemente y no estaba seguro de no tener alguna fracturada—. Yo no soy ningún policía; únicamente quería que se supiese que estoy aquí contra mi voluntad.

El capitán rugió:

—¿Y qué esperabas, imbécil? ¿Que los de la «Florida» se saliesen de su órbita para venir a sacarte de aquí?

Denis se pasó el dorso de la mano por los hinchados labios.

—No pude decirlo, porque no tuve tiempo. Pero al menos, trataba de denunciar mi secuestro. Usted tendrá un contrato firmado por mí, pero ese contrato es más falso que el alma de Judas.

Berghoff se le rió en las barbas.

—¡Estúpido! —le increpó—. ¿A quién piensas hacer tragar tú ese cuento? Sin embargo, yo guardo unas cuantas sorpresas para los

agentes secretos como tú, Curlin. Podría mandarte lanzar al espacio ahora mismo por el expulsor de basuras, pero no lo hago. Lo dejaré para la vuelta, cuando haya obtenido de ti lo que me interesa.

—¿Informaciones? —sonrió desdeñosamente el joven, sintiendo las laceraciones de sus labios.

Los labios de Berghoff se curvaron en una cínica mueca.

—¡Al diablo las informaciones! —renegó—. ¿Puedes decirme qué utilidad tienen para mí? No, amiguito; lo que yo espero de ti es algo muy diferente. No puedo permitirme el lujo de prescindir de un solo hombre; eso es lo que te salva la vida por ahora. Pero como por el momento no me sirves para nada, te relevaré de toda obligación. Puedes corretear por toda la nave si quieres; pero si te acercas a la cámara de mando o a la de transmisiones, haré que te rebanen el pescuezo, ¿te enteras?

Denis asintió. Entonces, sorprendentemente, Tarlik I protestó:

—Capitán, este hombre se ha sublevado, atacando a un superior. ¿No le va a castigar?

—No. Déjalo que se vaya. Ya tiene bastante con la paliza que le habéis dado.

—Eso va contra el reglamento, señor —insistió el venusino.

Berghoff lanzó un horrible juramento. De pronto, y sin previo aviso, disparó su pie, clavándolo cruelmente en el vientre del venusino.

Tarlik I cayó sin lanzar un gemido. Berghoff se inclinó sobre él y, asiéndolo con ambas manos, lo proyectó fuera de la cámara.

—Eso es lo que hago yo con los deslenguados —y se volvió hacia Tarlik II, el cual no se había movido de su sitio—. A partir de ahora tu hermano queda degradado y tú tomarás su sitio, ¿me oyes, lagarto de dos patas?

—Sí, señor —contestó Tarlik II, sin que ni un solo músculo de su rostro se hubiera movido.

—Pues, entonces, ¡largo de aquí todos! —vociferó Berghoff.

Denis salió, precediendo al venusino. Éste se inclinó y tomó el inconsciente cuerpo de su hermano, cargándoselo sobre los hombros.

Con gran dificultad, Denis se dirigió hacia su camarote. En la puerta sintió que le tocaban en el hombro.

Se volvió. Era Tarlik II.

Los ojos del nuevo contramaestre lanzaban sombríos destellos de cólera.

—Tuviste la culpa de lo que le ocurrió a mi hermano —cloqueó el venusino.

—Tu reptilesco hermano debiera haber cerrado el pico; con eso se hubiera ahorrado muchas cosas. En cuanto a ti, un día de éstos me haré unos zapatos de piel de serpiente: ¡la tuya!

El puño de Tarlik II se disparó de pronto, alcanzándole de lleno en plena boca. Denis creyó que la «Speranza» reventaba y se desplomó, sin conocimiento.

Despertó mucho más tarde, sintiéndose el cuerpo envarado y lleno de dolores. Oyó ruido de agua y abrió los ojos.

—Vamos —le dijo alguien con aspereza—, métete bajo la ducha; verás qué bien te va eso para despabilarte.

El joven se notó la boca llena de cuajarones de sangre. Se puso en pie, notándose terriblemente débil y fue hacia la ducha, metiéndose sin vacilar bajo el agua helada.

El frío del líquido le hizo reaccionar. Macower le ayudó a friccionarse el cuerpo con una toalla, cosa que le hizo apretar los labios para no prorrumpir en gritos de dolor. Pero al terminar se sintió infinitamente más aliviado.

—Gracias —dijo, terminando de abrocharse una camisa limpia que le había proporcionado Macower.

—No me las des. En lugar de ello, podías haberte ahorrado el puñetazo que me largaste, bribón.

—¿Por qué me atacabas, entonces?

—¿Yo? No digas tonterías. Lo único que quería era hacerte comprender la necedad que estabas cometiendo. Ya viste los resultados, ¿no?

—Algún día me las pagarán esos dos venusinos —dijo el joven, con el

acento lleno de odio, poniéndose unos pantalones. De pronto notó que eran nuevos—. ¿De dónde los has sacado, Macower?

—Los pedí en el almacén, a tu cuenta —contestó el hombre—. Tenías tus ropas hechas polvo y no servían ni para fregar el suelo.

—Gracias otra vez. Pero no sé por qué te molestaste por mí, sobre todo después del golpe que te aticé.

—¡Bah! Me di cuenta de que lo habías hecho sin mala intención... aunque con demasiada puntería. ¡Diablos!, a poco más me arrancas la cabeza de los hombros.

—Lo siento, Macower. Siento, además, que te preocupes por un hombre que está condenado a muerte.

—La culpa es tuya. ¿Quién te mandó abrazar esa cochina profesión?

—¡Yo no soy policía! —estalló el joven—. ¿De dónde diablos os habéis sacado ese embuste?

Macower se encogió de hombros.

—Bueno, no te pongas así. A fin de cuentas, cada uno es lo que gusta... o lo que puede. Personalmente no te tengo ninguna antipatía, pero sentiría mucho que un día esos puercos aparecieran jugando al fútbol con tu cabeza.

—Ya me guardaré yo de que no sea así —dijo el joven rencorosamente —. Y que tengan mucho cuidado ellos. También yo sé jugar al fútbol.

Macower soltó una carcajada. A continuación, Denis se peinó y salió de la cámara.

Caminó con lentitud, dirigiéndose hacia el comedor. Había una docena de individuos allí, incluidos Buckles y Staunton, el primero y segundo oficiales, pero ninguno le hizo el menor caso.

Denis atravesó el comedor, dirigiéndose a la despensa. Stevens le miró airadamente.

—¿Qué diablos quieres tú aquí?

—Dame de comer.

—¡Pídeselo a Satanás! —gruñó el irascible cocinero.

Los ojos de Denis fulguraron con una chispa de cólera.

—Tengo hambre —dijo—, y si no me pones inmediatamente una lata de esas porquerías que el sinvergüenza de Berghoff compra para envenenamos, te arrancaré la otra pata y me la comeré asada, ¿te enteras?

En el rostro de Stevens apareció una expresión de miedo. Se sabía físicamente inferior y también sabía que, por mucho que se odiase al joven a bordo, nada más podría divertir a las fieras que había en la pieza contigua que un hombre pegándole una paliza.

Acabó por encogerse de hombros e hizo un gesto vago, indicándole que podía comer lo que quisiera. En aquel momento, alguien le llamó desde el comedor, y Stevens, renqueando mientras refunfuñaba algo ininteligible, salió.

Denis empezó a abrir una lata. Pero, de pronto, sus ojos captaron una imagen de algo metálico, que brillaba sobre la mesa.

Pensado y ejecutado, tomó la navaja de resorte que había allí encima, doblándola y guardándosela en el bolsillo, justamente en el momento en que el cocinero regresaba.

Stevens le miró con suspicacia, pero no dijo nada. En un plato, Denis volcó el contenido de una lata de pollo con guisantes y tomando luego un vaso lleno de leche, salió fuera.

Buscó con la vista un sitio libre. El altavoz de a bordo dejaba escapar las últimas noticias radiales.

«—... y hasta el presente momento, no se tienen noticias de que haya habido supervivientes de la explosión que prácticamente desintegró a la astronave «Florida». Varias naves patrulleras se dirigen a toda velocidad hacia el lugar del suceso y...»

Denis se envaró. ¡La «Florida»! Aquélla era la nave con la cual había contactado. Y ahora, un accidente la había destruido. ¡Vaya una coincidencia!, pensó, acercándose a la mesa.

Pero, de pronto, un musculoso brazo le cerró el paso.

Denis bajo la vista. El brazo pertenecía a Dimitrov, el búlgaro, cuyos negros ojos brillaban con odio infinito.

—No permito que ningún cochino espía se siente a mi lado —dijo.

El joven apretó los dientes.

—Quita ese brazo —dijo secamente.

—¡Quítalo tú, si te atreves! —sonrió de modo infernal Dimitrov.

Denis inspiró profundamente. De pronto y sin previo aviso, volteó su brazo y estampó el plato, y su contenido, con todas sus fuerzas, contra el rostro del búlgaro.

Dimitrov se puso en pie de un salto, aullando espantosamente, en tanto que con las manos trataba de quitarse la comida que se le había quedado adherida al rostro.

—¡Maldito soplón! —renegó—. ¡Te voy a...!

Dimitrov saltó sobre el joven. Pero éste, a pie firme, le aguardó, llenándole el rostro con el contenido del vaso de leche que aún sostenía en la mano. Cegado por el blanco líquido, Dimitrov volvió a vacilar, momento que fue aprovechado por Denis para sacudirle un terrorífico derechazo que le dejó completamente inconsciente.

Alguien, renegando profusamente, pasó por encima de la mesa. Era Svernoff, uno de los rusos, cuyos puños aparecían cerrados, en actitud harto significativa.

Buckles y Staunton se pusieron en pie, abalanzándose sobre ambos contendientes. Pero les detuvo en seco una vibrante orden.

—¡Quietos! ¡Déjenles que se maten si quieren!

Con el rabillo del ojo, Denis pudo ver, durante una brevísima fracción de segundo, la imagen del capitán Berghoff, plantado a la entrada del comedor, los brazos cruzados sobre el pecho y una cínica sonrisa dibujada en su cuadrado rostro.

Denis supuso inmediatamente las intenciones del capitán: dejar que otro le liquidara, librándose así de una posible responsabilidad. Pero no estaba dispuesto a dejarse matar así como así y, tras un breve cambio de puñetazos, en el que llevó la peor parte, aún entumecidos sus músculos por la paliza recibida, retrocedió un par de pasos.

Su mano derecha voló al bolsillo. Al sacarla, ya tenía la navaja desplegada. El acero culebreó, centelleante.

Svernoff se detuvo en seco, lanzando un aullido de dolor, al mismo

tiempo que se llevaba las manos a la mejilla, en donde la navaja le había trazado un profundo surco.

Miró con odio, pero también con miedo, a Denis, el cual, aunque jadeaba, sonreía satisfecho.

—Otra vez que te metas conmigo, bajaré más la mano. Así se enterarán todos los cerdos de esta pocilga del color que tienen tus tripas.

A continuación volvió la vista hacia Berghoff, que seguía sonriendo, sin darse por aludido ante el insulto del joven. Éste guardó tranquilamente la navaja y, pasando por encima del cuerpo aún desvanecido de Dimitrov, apartó a un lado al acobardado ruso.

Se sentó, golpeando impaciente la mesa con la palma de la mano.

—¡Stevens, tráeme algo de comer! —gritó, en medio de un helado silencio.

Éste fue roto por la airada protesta de Buckles, el primer oficial.

—Capitán, ¿es que no ha oído usted a ese maldito policía?

Berghoff salió de su estatismo y avanzó hacia la mesa.

—Sí, lo he oído, ¿y qué? Todo condenado a muerte tiene sus derechos, ¿no? Pues entonces, dejémosle que hable todo lo que le dé la gana. Ahora, yo me voy a sentar frente a él; me gustan los hombres valientes.

Stevens vino y sirvió platos. Denis levantó la vista.

—No venda usted aún la piel del león; primero hay que cazarlo.

—Bueno —resopló Berghoff—, ¿y tú qué opinas, Peterson? —gritó, dirigiéndose al tercer oficial—, llévate a estos hombres de aquí para que los curen. ¡Pareja de imbéciles! Hablábamos de un león y de una piel que hay que vender, Curlin.

—Ya no tengo más que comentar sobre el asunto, capitán. Usted sostiene que yo soy un policía; yo digo todo lo contrario; pero, claro, es tan inútil convencerle a usted como convertir a un chino en zulú.

—Una manera muy original de razonar —rió Berghoff, embaulándose casi medio pollo de un golpe—. Pero no por ello menos exacta. Por ahora me conviene que estés vivo; policía o no, te traje a bordo

porque necesitaba un hombre y, con tu consentimiento o sin él, trabajarás en lo mismo que todos, ¿comprendes?

—¿Se refiere usted al barro azul? —preguntó Denis, sin levantar la vista.

—Justamente, Curlin.

El joven alzó los hombros.

—No sé de qué se trata, capitán. Nadie ha querido explicármelo todavía y…

Berghoff paseó su mirada en tomo suyo, como buscando a alguien. Al fin lo encontró.

—Macower.

—Señor.

—Mañana irás entrenando a Denis en el manejo de un bote. Quiero que cuando lleguemos a los anillos de Saturno esté tan práctico como el que más en nuestra tarea, ¿comprendes?

—Sí, señor.

—Entonces, no se hable más. Stevens, ¡tráete otra lata de pollo! ¿Es que quieres matarme de hambre?

La instrucción del joven, tal como lo había ordenado el capitán, comenzó al día siguiente. Pero, por la tarde, tiempo de la nave, naturalmente, el tripulante de guardia lanzó un alarido a través del micrófono.

—¡Capitán Berghoff, al cuarto de control!

—¿Qué ocurre? —bramó el aludido, también por el micrófono.

—Tengo una imagen centrada en la pantalla del radar. A unas dos mil millas de distancia, tres grados al sudoeste de nuestra órbita.

—Muy bien; ahora mismo voy para allá. ¡Navegante Mac Dougal, reúnase conmigo en el puente!

CAPÍTULO V

La excitación del momento era demasiado grande para que nadie hiciera objeciones al hecho de que Denis hubiera ido a la cámara de mando, en la que, con toda desfachatez, se apoderó de unos poderosos prismáticos que había allí para uso del tripulante de guardia.

Prong Dath, el tibetano, le dirigió una mirada atravesada, pero no se atrevió o no quiso decirle nada, quizá por no complicarse la vida. A fin de cuentas, le suponía un detective y… ¿quién sabía lo que podía ocurrir con el tiempo?

La cámara de mando estaba situada en el centro de la esfera grande, a proa. Por encima y por debajo de ella había más cuartos, también dotados de grandes lucernas, en las cuales se apelotonaban los hombres que no habían salido al espacio a investigar sobre el objeto que el tibetano había denunciado.

En cuanto a Berghoff no era necesaria su presencia en aquel lugar. Desde su cámara, situada inmediatamente bajo la de mando, podía dirigir la maniobra y Prong Dath manejaba los controles necesarios, llevando así a la nave por el rumbo requerido.

Pronto encontró Denis unas imágenes dentro del campo de sus gemelos. Era una pequeña navecilla auxiliar de las que llevaba la nave, la cual traía a remolque un objeto brillante, que, de momento, no pudo identificar.

Pero no tardó mucho en saber de qué se trataba. A medida que el bote se iba acercando, Denis fue distinguiendo detalles, hasta averiguar que el objeto que traían a remolque era, ni más ni menos, que una burbuja de salvamento.

Había alguien allí dentro. Una persona. Pero no debía encontrarse muy bien, acaso ni siquiera viva, puesto que no se la veía hacer el menor movimiento. El joven llegó a pensar si el ocupante de la burbuja no habría agotado la provisión de oxígeno de los depósitos de la misma.

Las burbujas de salvamento eran algo muy curioso. En resumen, consistían en una pequeña caja, que se colocaba sobre la espalda, a modo de mochila. Una de las correas tenía una anilla de la que se tiraba en el momento oportuno.

Instantáneamente, una película de plástico absolutamente transparente se desarrollaba esféricamente, cerrándose por sí sola, de modo automático, y encerrando en su interior a la persona que la había utilizado, la cual quedaba así salvada de la muerte cierta por descompresión y asfixia al ser precipitada al vacío del espacio.

La cajita, además, llevaba oxígeno embotellado a gran presión, suficiente para unos días, amén de unos cuantos tubos con tabletas de concentrados vitamínicos de alto poder alimenticio y una botella con un par de litros de agua. La caja quedaba en el interior de la burbuja, a fin de que su ocupante pudiera utilizarla con comodidad. Era un recurso arriesgado, casi desesperado, pero que había salvado más de una vida, como así parecía en el caso presente.

Continuando su observación, Denis advirtió que el ocupante de la burbuja parecía desmayado. Pero no pudo advertir más detalles, porque el bote se interponía entre él y su vista y, además, casi en seguida pasó por debajo de su punto de observación, dirigiéndose hacia la esclusa de acceso a la nave.

Entonces creyó que no tenía nada más que hacer allí. Dejó los prismáticos al lado del tibetano y se marchó.

Cuando llegó a la esclusa, no pudo ver nada, porque un grupo de gente le separaba de la misma. Uno tras otro, los ocupantes del bote fueron penetrando y tras ellos, arrastrada por numerosas manos, lo hizo la burbuja. El material era elástico y se acomodó al menor diámetro de la entrada con facilidad.

De pronto, un fuerte murmullo se elevó de entre los numerosos curiosos que había allí. Exclamaciones de todo género salieron de más de una veintena de bocas, exclamaciones que fueron cortadas por una enérgica orden del capitán.

—¡Fuera de ahí, cerdos! ¡Dejad paso!

Los tripulantes se apartaron abriendo calle. Un hombre, Macower, pasó por en medio de los tripulantes, llevando en brazos a la persona salvada. Denis se quedó con la boca abierta al ver que era una mujer.

Los rubios cabellos, muy largos, llegaban casi hasta el suelo, al tener la cabeza doblada hacia atrás, a causa de hallarse inconsciente, seguramente como consecuencia de las privaciones sufridas en los últimos días dentro de la burbuja. Debían de haberla salvado muy oportunamente, aunque Denis no estaba seguro de que llegase a sobrevivir. Aquella palidez que se veía en el bellísimo rostro de la

mujer, cuya juventud era bien patente, parecía de muy mal agüero.

Denis frunció el ceño al darse cuenta de que aquellas facciones no le resultaban del todo desconocidas. Buscó en su mente, sin lograr recordar, en tanto que a su alrededor brotaban los comentarios de todo género.

Macower pasó con la joven en brazos, seguido del capitán y sus oficiales. Los tripulantes, caminando negligentemente, se dirigieron a diversos sitios. Y Denis, sin saber que hacer, optó por acercarse al comedor, pues era ya la hora de la cena.

Se sentó en su sitio y poco después llegó el capitán, con el ceño muy arrugado. Berghoff empezó a comer en silencio, sin hacer caso de las conversaciones que se desarrollaban en torno suyo.

Alguien, uno de los tripulantes, empezó a quejarse.

—Una mujer a bordo —gruñó—. Nos traerá desgracia.

Denis se estremeció. Comprendía que el hombre que había hablado, Ben, tenía toda la razón.

Otro apoyó las palabras de Ben.

—Lárguela otra vez al espacio, capitán. Nunca viajó una mujer a bordo de la «Speranza». ¿Por qué había de hacerlo ahora?

Pero Berghoff no contestaba. Tenía la vista fija en el plato y, al parecer, estaba hondamente preocupado por el incidente.

Al cabo de un rato, penetró Buckles, el primer oficial, el cual fue a sentarse junto a Berghoff.

—Capitán —dijo—, la mujer está ya restablecida. Sería conveniente que se le llevase algo de café.

Un impulso irresistible hizo que Denis se pusiera en pie.

—Yo iré —dijo, sin que nadie, al parecer, quisiera oponerse a sus deseos.

Cuando penetraba en la despensa, oyó la voz de Buckles que decía: «¿No sabe usted quién es la prójima, capitán?», pero no pudo escuchar más, porque ya se había metido dentro y estaba muy ocupado preparando algo de comer y beber para la joven.

Puso todo en una bandeja, leche, mantequilla, galletas y café bien caliente, y salió de allí.

Macower estaba sentado a los pies de la litera donde habían acomodado a la náufraga. Ésta aparecía reclinada sobre un par de almohadas y en su rostro se adivinaban aún las huellas de las penalidades sufridas.

Cuando entró, la muchacha estaba relatando lo sucedido.

—… no sé exactamente lo que sucedió. Alguien gritó, señalando el peligro de una explosión… o fue que dieron la alarma por los altavoces. Instantáneamente, tomé la mochila de la burbuja de salvamento y me la puse, tirando de la anilla… La «Florida» se abrió sin ruido o, por lo menos, así me lo pareció a mí, no estoy segura de ello. De pronto, me encontré en el espacio… Durante cuatro o cinco días erré a la ventura, empujada la burbuja como consecuencia del estallido, sin poder adivinar dónde iba. Las tabletas alimenticias y el agua se acabaron y el oxígeno empezó a faltarme. Perdí el conocimiento y ya no sé más hasta que me desperté aquí. Ha sido milagroso que pudiera salvarme…

De todo lo que oyó decir a la joven, Denis apenas si se fijó en otra cosa que no fuera un detalle singular: había sido una pasajera de la «Florida», la nave cuyo estallido había sido dado a conocer por la radio horas antes. Una vez más, Denis la encontró bellísima y su rostro conocido, aunque no podía recordar de quién se trataba.

—Aquí tiene usted, señorita —dijo, colocándole la bandeja frente a ella—. Coma un poco y tómese el café antes de que se enfríe. Esto le hará bien.

—Gracias —dijo ella, sonriendo de un modo que a Denis le pareció deslumbrante—. Todos ustedes son muy amables.

—Curlin —exclamó Macower—, ¿no sabes quién es la señorita? Se trata, nada más ni nada menos, que de Maxine, la célebre cantante de «La Créole».

Un chispazo estalló dentro del cerebro del joven. ¡Claro que sí! Era la misma; no podía ser otra. Ahora se explicaba por qué el rostro de la muchacha le era conocido. ¡Su célebre noche en «La Créole»! Pero ¿cómo una mujer de la belleza y distinción de Maxine podía actuar en tal antro, cuando tenía la suficiente hermosura y arte como para trabajar en cualquier otro local, de mucha mejor fama que aquél?

—Encantado de conocerle personalmente, señorita —dijo, y no quiso mencionar las desagradables frases que había oído acerca de ella en el comedor—. Sólo la he visto actuar una vez en mi vida y le aseguro que no había oído jamás cantar tan bien como usted lo hace.

—Es usted muy amable —dijo ella, tomando un sorbo de café—. Todos, todos lo han sido. Cuando esté mejor, iré a ver al capitán para darle las gracias por las molestias que se ha tomado por mí, al desviar el rumbo de la nave para salvarme.

Denis y Macower se miraron con aire cómplice.

—Sí, está, bien —dijo el segundo—. Pero ahora lo que la conviene es descansar y reponerse.

—Tendré que buscarle ropas adecuadas, señorita —dijo Denis—. Las suyas no parecen hallarse en muy buen estado.

—En el almacén encontrarás algo que se acomode a su estatura —dijo intencionadamente Macower, pero Denis se hizo el sordo.

Al terminar, recogió la bandeja. Maxine echó la cabeza hacia atrás.

—Discúlpenme —dijo—, pero me gustaría dormir un rato.

Los dos hombres, después de saludarla, salieron de allí.

—¿Qué te parece la chica? —dijo Macower—. Estupenda, ¿verdad?

Con la bandeja en las manos, Denis frunció el ceño. Macower notó el gesto.

—¿Qué te ocurre, compañero?

Denis contó los comentarios que había podido escuchar. Al concluir, Macower rió.

—¡Bah! Supersticiones estúpidas, sin ningún fundamento. ¿Qué querías que hiciéramos con ella? ¿Lanzarla otra vez al espacio?

—Naturalmente que no, pero no me agrada el giro que han tomado las cosas.

—Pues si te sientes protector de la muchacha, ya sabes lo que debes hacer si alguien se mete con ella —sonrió Macower, con desfachatez, dejándole irse.

A continuación fue a ver al primer oficial. Le pidió ropa para Maxine.

—¡Que te la dé Satanás! —fue la bestial respuesta que obtuvo.

Denis crispó sus manos, tratando de dominarse para no saltar al cuello del primer oficial.

—Muy bien —dijo—; entonces, démela con cargo a mis devengos.

Buckles soltó una estruendosa carcajada.

—¿Tus devengos? ¿Qué devengos puede tener un cadáver que anda, idiota? ¡Largo de aquí y no me molestes más con tus estúpidas peticiones!

Por unos momentos, Denis no supo qué hacer. Pero después, reaccionando, decidió cortar por lo sano.

Antes de que Buckles pudiera darse cuenta de lo que ocurría, se encontró medio izado en el aire por la mano izquierda del joven, en tanto que la navaja de éste se le acercaba peligrosamente amenazadora a la garganta.

—Déme usted un equipo completo o le juro que le saco la punta de la navaja por la nuca, ¿me ha oído?

Buckles palideció hasta que su rostro adquirió el color de la ceniza. Sabía claramente que lo que estaba cometiendo Denis era una insubordinación, pero también sabía que la posterior condena de éste no beneficiaría a su cadáver para nada.

—Suéltame —accedió, jadeando de ira—. Te lo daré.

Denis lo empujó a un lado, desdeñosamente. Buckles trastabilló hasta recuperar el equilibrio.

—Me las pagarás, maldito —dijo—. Te juro que…

—Vamos, déme las ropas y anótelas en mi libreta. Estoy más que harto de tanto insulto y palabrería y, si soy un condenado a muerte, como todos dicen, no me importaría llevarme a alguien para que me acompañase. ¡Andando!

Estaban solos y por esto mismo nadie había sido testigo de la escena, la cual no había podido ser más humillante para el primer oficial. Denis se aprovechaba de que no era un tripulante común y Buckles lo sabía.

Renegando entre dientes, Buckles fue hasta el almacén, en donde Denis eligió lo necesario. El segundo tomó nota de todo lo pedido y luego miró con hosco ceño al joven.

—Una vez te ha salido bien la cosa —dijo—; pero no estés muy seguro de que la próxima no te rompa la cabeza.

Denis se tocó la región señalada, sonriendo desvergonzadamente.

—Aquí la tiene usted. ¿Por qué no viene por ella? —después de lo cual, sin preocuparse más del encolerizado oficial, le volvió la espalda y se fue.

Procurando no despertar a Maxine, dejó las ropas al pie de la cama y salió de la cámara, cerrando con infinito cuidado. A continuación, se dirigió hacia su cuarto, pero antes de llegar a él, alguien le llamó.

—Eh, tú, el viejo quiere verte.

Denis llamó a la puerta del despacho de Berghoff. Éste dio permiso y el joven penetró.

Los ojos de Berghoff despedían llamas.

—Buckles, mi primer oficial, me ha dicho que intentaste degollarle.

—Yo no intento jamás una cosa que no pueda concluir —respondió Denis despectivamente—. Buckles...

—Señor Buckles, no lo olvides.

Denis se encogió de hombros.

—El señor Buckles, bien, como quiera. Bueno, pues le pedí ropas para la chica y me las negó. Cuando le dije que me las diera a cuenta de mis devengos, me dijo que los muertos no tienen devengos. Entonces yo le dije que si ese muerto era él, y pareció que le convencía, porque entonces me llevó al almacén y me dio lo que le había pedido. Eso es todo, señor.

El capitán meditó durante unos segundos,

—Es bastante —dijo Berghoff, sabiendo que el joven le había mentido a medias—. No te hago nada, porque no tengo humor para ello. Además, lo debiera haber hecho Buckles, a quien tú te le subiste a las barbas con todo descaro. Si yo hubiera estado en su puesto, ten en cuenta que, con navaja o sin ella, te hubiera roto el pescuezo. En vista

de su cobardía y falta de autoridad, lo he degradado.

Denis parpadeó, asombrado. Berghoff chupó del habano que tenía entre los dientes y, al darse cuenta de que estaba apagado, soltó una maldición de grueso calibre. Después continuó:

—Staunton pasa a primer oficial, Peterson a segundo y Tarlik II a tercero. El puesto de contramaestre es para ti.

El joven se quedó sin respiración.

—¿Qué dice usted, señor? ¿Yo... contramaestre...?

—¿Es que no lo has oído, estúpido? Ahora mismo daré la noticia por el intercomunicador general, de modo que lo sepa toda la nave.

—Pero... pero yo no entiendo...

—¡Basta! —rugió Berghoff—. Tienes carácter y te has impuesto a esta pandilla de corderos, de modo que con eso tengo suficiente.

Una débil sonrisa apareció en los labios del joven.

—¿Debo entender, señor, que me ha indultado usted de la condena a muerte que pende sobre mí?

—Nada de eso, mequetrefe. Lo que sucede es que tú eres un valioso auxiliar y éste es el último viaje a Saturno que pienso hacer. En cuanto regrese me retiraré; la policía sospecha ya demasiado de mí y no quiero pasarme el resto de mis días en la Fortaleza Negra, ¿comprendes?

—No muy bien, señor, porque se expone usted a que yo le traicione o algo por el estilo...

—Si intentas algo, te dolerá mucho, tenlo presente.

Nuevamente se encogió de hombros el joven.

—Bueno, a su gusto. Adiós.

Salió de la cámara del capitán y unos momentos más tarde oyó la voz de éste que anunciaba los cambios en los mandos de la nave. En el comedor vio muchas caras hoscas, pero nadie se metió con él; la historia de lo sucedido con Buckles era demasiado reciente para que nadie se atreviese a meterse con el nuevo contramaestre.

El único que le dijo algo fue, precisamente, el propio Buckles.

—Tú y yo tenemos que ajustar las cuentas, Curlin.

—Nada de Curlin. Señor, si es que sabe usted tratar a un superior. ¿O quiere que se lo recuerde a golpes? Y no olvide que me está amenazando a mí, que ahora soy contramaestre. Otra palabra más, y le encerraré en su cámara a pan y agua, ¿comprende?

—Sí... señor —dijo el degradado, lleno de odio y de rencor hacia el joven.

De momento, no ocurrió nada más. Denis empezó a imponerse de las obligaciones de su nuevo cargo, tratando, con gran disgusto suyo y contra su voluntad, pero también sabiendo que no tenía otro remedio, con dureza a sus subordinados. Pero aquella era una gente para la cual no servían en absoluto las palabras amables y el joven sabía que sólo de aquella forma podía ser obedecido.

A la noche fue a acostarse, después de haberse enterado de que Maxine había mejorado considerablemente. Se durmió profundamente, pero unas horas más tarde fue despertado de un modo algo imprevisto.

Alguien, muy cerca de él, respiraba afanosamente, casi con ruido, como si roncara.

CAPÍTULO VI

Encendió la luz.

Inmediatamente, sus ojos captaron una espantosa escena.

Macower y Buckles estaban casi junto a la cama, luchando ferozmente en silencio, y el ruido que Denis había oído era el de la agitada respiración del segundo, el cual pugnaba con desesperación por salvar su vida.

La lucha era a muerte.

Macower había pasado un lazo por el cuello de Buckles y lo estaba estrangulando con fría decisión. Buckles, por su parte, tenía un cuchillo en la mano derecha, pero lo soltó casi en seguida, arañándose

la garganta con las uñas en un desesperado intento de deshacer el lazo que le estaba cortando la vida.

Pero Macower no se dejó sorprender. Hundió las rodillas en la espalda del ex oficial y tiró aún más de la cuerda.

El rostro de Buckles se amorató horriblemente. Sus ojos parecieron saltar fuera de las órbitas, en tanto que entre sus labios aparecía una oscura espuma. Sus movimientos espasmódicos fueron haciéndose cada vez más lentos, hasta cesar del todo, sin que Denis, fascinado por el espeluznante espectáculo, hiciera nada por evitar la muerte del individuo.

Cuando éste, al fin, hubo caído inerte al suelo, Macower le miró, jadeante.

—Has hecho bien en callar, Curlin. Es mejor para todos que nadie se haya enterado de lo sucedido.

—Pero… ¿qué diablos ha ocurrido? ¿Por qué vinisteis a pelearos en mi camarote?

—Yo no vine aquí a pelear, sino a salvarte el pellejo, amiguito —sonrió Macower, con su habitual expresión. Se inclinó al suelo y, tomando el cuchillo que yacía al lado del cadáver de Buckles, se lo enseñó—. Mira la deliciosa sorpresa que te tenía preparada este canalla.

Denis se estremeció.

—¡Quería matarme! —exclamó.

—Justamente. Pero yo lo estaba vigilando y, afortunadamente, pude llegar a tiempo. Y ahora, antes de que nadie se entere, vamos a sacarlo de aquí.

Denis saltó de la cama, al mismo tiempo que preguntaba:

—¿Qué piensas hacer con él? —y tomó sus ropas, que empezó a ponerse apresuradamente.

—¿Qué harías tú con algo que no quisieras se supiese? —contestó Macower.

Cogieron al muerto entre los dos y salieron de aquel lugar, evitando Denis mirar la deformada cara de Buckles, que presentaba un

espantoso aspecto.

Con infinito cuidado, sin hacer el menor ruido, descendieron al piso inferior. La cosa presentó alguna dificultad, debido a que la escalera era de caracol, pero, a última hora, consiguieron llegar a la esclusa.

Todo estaba en silencio dentro de la nave. La tripulación dormía profundamente y no había otro hombre despierto que el tripulante de guardia en el cuarto de control, muy distante de la esclusa en aquellos momentos.

Denis se acercó a la esclusa, empezando a maniobrar en los mandos de apertura de la compuerta interior. De pronto, notó algo raro.

Miró a Macower. Pero éste tenía los ojos fijos en alguien que estaba frente a ellos.

Denis giró rápidamente, echando mano a su navaja. Pero al momento comprendió que tal gesto defensivo era inútil, porque la persona que les había sorprendido era nada menos que Maxine.

El joven no se percató del ridículo aspecto que ofrecía la muchacha, vestida con una indumentaria hecha para alguien mucho mayor que ella. Pero en cambio sí se dio cuenta de que Maxine se había metido un puño en la boca para no gritar, al mismo tiempo que sus ojos estaban desmesuradamente abiertos.

Macower fue el primero en reaccionar.

Saltó y la tomó por los brazos, al mismo tiempo que la decía:

—¡Silencio! ¡Silencio si estima en algo su vida, señorita! ¡Denis, pronto, termina de abrir la esclusa!

El joven hizo lo que se le pedía. Empujó el cadáver de Buckles al otro lado de la compuerta y entonces, Macower soltó a la muchacha.

—Cuida tú de ella y procura que no grite o, de lo contrario, estamos perdidos.

Maxine miró a Denis con infinito desprecio, sin que de su rostro hubiera desaparecido todavía la expresión de espanto.

—¡Asesinos! —dijo en voz baja—. Eso es lo que son ustedes: unos asesinos. Pero si creen que voy a estar callada... En el momento en que pueda, iré a denunciarlo todo al capitán y...

—¡Dile que cierre el pico! —bramó Macower, el cual estaba efectuando unas extrañas manipulaciones con el cadáver de Buckles.

—Ya lo ha oído usted, señorita —dijo Denis—. Nadie quiere hacerla el menor daño, pero, por su bien y el nuestro, le rogamos guarde silencio.

Ella se encolerizó.

—¿Silencio? ¿Cómo puedo callarme un vil asesinato? ¿Por quién me han tomado ustedes?

—Señorita —replicó pacientemente Denis—, usted no sabe lo que ha ocurrido. Ahora no tenemos tiempo de ponerla en antecedentes y...

Macower salió de la esclusa. La compuerta interior fue cerrada y en el mismo momento, Macower apretó un botón.

La compuerta exterior fue abierta. Una llama brilló unos segundos, lanzándose luego raudamente hacia el espacio. El cadáver desapareció de modo casi instantáneo.

—¡Ya está! —exclamó satisfecho——. Le sujeté un cohete de socorro, para que se lo llevase lejos de aquí. De otro modo, hubiera tardado bastante en despegarse del casco y podría haber sido advertido. De esta forma, se enterarán de que ha desaparecido, pero no sabrán cómo... a no ser —añadió con duro tono—, que la señorita se vaya de la lengua.

Ella se irguió, altiva y orgullosa.

—¿Piensan que voy a estarme callada? Están locos si...

Con firme gesto, Macower la tomó del brazo, llevándola de aquel lugar.

—¿Qué hacía usted por aquí, señorita? —inquirió. Denis les seguía.

—No... no tenía sueño y...

—... y llegó justo en el momento que arrojábamos a un mal bicho al espacio, ¿verdad?

—Ese hombre podría ser malo, pero ustedes no se diferencian mucho de él —protestó la muchacha.

—Ea, a dormir dijo Macower, hartándose ya—. Usted no sabe ni la

mitad de lo que ocurre a bordo, ni, por bien de su salud, le conviene otra cosa que la más absoluta ignorancia. Duérmase y mañana por la mañana piense que todo ha sido un mal sueño; será lo mejor, para usted… y para nosotros.

Cuando hubieron dejado a Maxine en su cámara, los dos hombres fueron a la de Denis. Macower sacó cigarrillos.

—¿Crees tú que la chica irá con el cuento al capitán?

Macower se encogió de hombros.

—Poco me importa —dijo, soplando el humo con negligencia—. Su palabra contra la nuestra. Buckles se tiró por la esclusa, avergonzado de su degradación, incapaz de soportar el haber sido descendido a tripulante raso. ¿No crees que muy bien pudo ser eso lo que le sucedió?

Denis sostuvo fijamente la mirada del extraño individuo.

—Posiblemente. Una explicación muy lógica —repuso—. Pero ¿cuál es la que me das acerca de tu inexplicable presencia en mi cámara, en el momento justo en que Buckles se disponía a acuchillarme?

—Quizá es que me da mucha pena la forma en que te trajeron aquí —sonrió desvergonzadamente Macower.

—Me estabas espiando —dijo Denis acusadoramente.

—No digas tonterías —gruñó Macower ásperamente—. ¿Qué diablos puede importarte lo que hacía si, a fin de cuentas, tienes el pellejo intacto?

La luz se hizo de pronto en el cerebro del joven.

—Entonces —murmuró pausadamente—, ya sé quién eres y lo que haces a bordo.

—¡Psst…! —chistó Macower, poniéndose el dedo sobre los labios, con gesto burlón—. De acuerdo, pero no vayas a decírselo a nadie, ¿eh?

—De modo que tú eres el agente secreto que estos tipos andan buscando.

—Estás diciendo una serie de tonterías que se salen fuera de lo común, Curlin. Me dirigía al lavabo cuando vi a ese condenado Buckles meterse en tu habitación. Me entró curiosidad acerca de lo que el

individuo hacía allí y… Bien, el resto tú mismo lo has podido ver.

—Si crees que me vas a engañar, estás listo, Mac. Pero, en lo que a mí se refiere, puedes estar seguro: no te delataré. Nadie sabrá tu identidad ni lo que haces a bordo. Por ese lado, puedes dormir tranquilo.

—Mil gracias, noble señor. Vuestro humilde esclavo barre el suelo con su lengua para que vos no tengáis que mancharos las suelas de vuestros zapatos.

—¡No digas estupideces! —farfulló el joven, empezando a desnudarse —. Gracias por lo que hiciste por mí, y ahora, si no te molesta, quisiera continuar durmiendo.

Macower asintió, dejándolo solo. Denis se acostó, pero tardó mucho en conciliar el sueño. Y si hubiera estado al tanto de cierto detalle, no hubiera dormido nada en absoluto.

Cuando los dos se hubieron separado, en la cámara del capitán alguien sonrió muy complacido. Era Berghoff, el cual, con aire satisfecho, se quitó unos auriculares de la cabeza, mirando a uno de sus tripulantes.

—Oíste la conversación, ¿verdad, Ben?

El aludido asintió, dejando sus auriculares también sobre la mesa.

—Por completo, capitán. ¡Vaya con Macower! ¿Quién iba a sospechar de él? Todos estábamos cegados con ese lechuguino que nos trajo Buckles a bordo y…

Berghoff hizo tamborilear sus dedos sobre la mesa.

—No estés muy seguro de que Curlin no sea también un agente secreto. Estos policías del espacio son muy listos y capaces, por tanto, de haber enviado otro agente para que obre de modo independiente de Macower, ¿comprendes?

—Entiendo, capitán. De todas formas, ¿qué es lo que hacemos con Macower?

Ben apoyó su pregunta, limpiándose las uñas con una afiladísima navaja. Berghoff agitó una mano con aire displicente.

—Déjalo por ahora. De momento, no nos conviene damos por enterados de la verdadera identidad de Macower. Además, nos hace

falta gente para sacar la arcilla azul en Saturno.

—Buckles ha causado baja en la nómina, capitán.

—Por su culpa. Debió de hacer las coses mejor. En cierto modo, nos ha convenido que muriera; así nos hemos enterado de algo que no sabíamos.

—Por mi parte, señor, liquidaría a Macower cuanto antes. Ese tipo es muy listo y puede darnos un disgusto, si no cortamos la cosa a tiempo.

—No, por ahora, no. Déjalo unos días, ¿quieres? Estamos ya cerca de Saturno y... ¿quién sabe? Hay muchas formas de hacer desaparecer a un hombre sin que nadie se entere y habiéndole sacado el jugo además. Vete a dormir; yo pensaré mientras algo.

—Sí, señor —murmuró Ben, plegando la navaja y guardándola con aire descontento.

Al día siguiente, Maxine hizo su primera aparición en público. La muchacha se estremeció al ver los patibularios rostros de la dotación de la «Speranza», pero no dijo nada. Ni nadie tampoco llegó a mirarla siquiera.

Todos cuantos se hallaban ante la mesa, hundieron aún más la vista en los platos, dedicándose con afán a vaciarlos. El único que se puso en pie para ofrecerla un asiento fue Denis.

La muchacha evitó mirarle, aunque le dio las gracias de modo audible, para no dejarlo en mal lugar. Desayunó en silencio, y al terminar se levantó.

Denis se dio cuenta del ambiente de frialdad que existía en tomo a Maxine. Pero no sabía que ello se debía a que Berghoff había hecho circular órdenes severísimas al respecto y el temor al capitán era demasiado para que nadie se atreviese a meterse con la muchacha.

Al terminar de desayunar, se levantó y salió tras la joven. La alcanzó a punto de entrar en su cámara.

—Buenos días, señorita —saludó—. ¿Puedo preguntarle si ha dormido bien?

Ella le miró desdeñosamente.

—Desde luego, pero dudo mucho de que yo le responda.

Denis miró en tomo suyo.

—Me gustaría hablar con usted. Pero no aquí, a la vista de todos.

—Muy bien —asintió ella, con cierta sorpresa—. Pase usted.

Entraron en la cámara.

Denis cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Ante todo —empezó—, quiero ofrecerle mis disculpas por el trato que le infligimos anoche. Comprenderá que li silencio era vital para nosotros…

—Como para todo asesino —repuso ella con desprecio—. Siga. ¿Qué más?

Denis fingió no darse cuenta del tono de la muchacha.

—Está muy equivocada con respecto a nosotros. En primer lugar, yo no maté a Buckles, sino que fue Macower. Pero lo hizo porque Buckles quería matarme a mí, ¿comprende? Macower lo sorprendió «in fraganti» con el acero en la mano, a punto de descargar el golpe. No le quedó otro remedio que estrangularlo y…

—¿Sólo estrangularlo? —sonrió ella con desdén—. ¿Y para qué está la autoridad del capitán a bordo?

Denis meneó la cabeza.

—Usted es recién llegada a la nave y no comprende las cosas, señorita. La «Speranza» es una nave de contrabandistas.

—¿Sí? ¡Qué interesante! Prosiga, prosiga; esto se va poniendo cada vez mejor.

El joven encendió un cigarrillo. Maxine rechazó el ofrecimiento con un gesto de cabeza.

—Verá, lo mejor será que le explique todo desde un principio. No lo que se refiere a mí, sino lo concerniente a la nave.

»Los anillos de Saturno están compuestos por millones y millones de fragmentos de roca y tierra que un día, juntos, formaron un satélite del planeta, el cual, sometido a una excesiva atracción por su demasiada proximidad al mismo, estalló, pulverizándose. Ésta es la suerte que le aguarda a la Luna para dentro de varios centenares de

millones de años, pero, de momento, la Luna puede aguardarnos, ¿no le parece?

—Bien —siguió Denis—. Naturalmente, en los anillos hay rocas de toda especie, los cuales no se diferencian, en su constitución geológica, absolutamente de las terrestres. Ahora bien, hay sectores en los cuales abunda la arcilla azul y hacia esos sectores es donde se encamina la «Speranza».

—¿Qué tiene que ver la arcilla azul con la muerte de Buckles?

—A ello voy —respondió el joven—. No sé si lo sabrá usted, pero en la Tierra, la arcilla azul es indicio seguro de la existencia de diamantes. Especialmente, cuando se encuentra en un orificio de origen volcánico, como en la gran mina de De Beers, en Kimberley, Sudáfrica. El viejo satélite de Saturno debió de tener, en tiempos remotísimos, una gran actividad volcánica. De ahí que abunden, en determinados sitios, que esta dotación de forajidos llama cotos, fragmentos de arcilla azul, naturalmente solidificada por el intenso frío del espacio. Estos fragmentos se traen a bordo, se pulverizan con la maquinaria que hay instalada o si no, a mano con unos simples mazos, y así se consigue la extracción de los diamantes en bruto, contenidos dentro de la arcilla. El resto es fácil imaginárselo, señorita. Contrabando y todo lo que usted quiera, pues, según tengo entendido, la cosa no está muy divulgada todavía, de modo que el descubrimiento de esta mina está cubriendo de oro a Berghoff.

»Ahora bien, Berghoff, según he podido deducir, ha sido siempre un sospechoso para la policía espacial. Sus negocios no han sido nunca muy claros y, por lo que he podido averiguar, tienen muchas ganas de atraparlo. De mí creen que soy un agente secreto y, ¿qué cosa más lógica que eliminar a un hombre que un día puede enviarlos a presidio para el resto de sus días?

Maxine palideció al terminar Denis su narración.

—¿Es… es cierto lo que me ha contado usted? —inquirió.

—Todavía hay más, me crea o no, señorita —añadió el joven, quien, acto seguido, relató la forma en que había sido traído a la nave.

—Nunca creí que tales cosas sucedieran hoy día —comentó la muchacha, horrorizada.

—Pues suceden, como ha podido ver. Personalmente, no me hubiera importado ir al capitán y contarle lo ocurrido con Buckles, pero

Macower me rogó silencio total —se encogió Denis de hombros—, soy un hombre condenado a muerte, de modo que, salvo la de usted y la de Macower que me salvó la vida, la suerte de los demás me importa muy poco.

Maxine asintió, guardando silencio.

—Deberíamos buscar el modo de huir de aquí, Denis —dijo, suprimiendo inconscientemente el tratamiento.

—¿Y cuál? —exclamó él, desesperanzado—. No hay ninguno. No tenemos otro remedio que seguir la suerte de la «Speranza»... y confiar en Dios. ¿Puedo yo —añadió tras breve titubeo—, confiar en usted?

Ella le sonrió de un modo especialmente luminoso.

—Creo que yo también deberé confiar en usted, Denis. Encontraremos la forma de salir de aquí —concluyó con súbita energía.

El joven la tomó de las manos.

—Así lo espero, Maxine. Y ahora, por favor, guarde silencio y no diga nada a nadie de cuanto le he contado, ¿estamos?

—Quede tranquilo, Denis.

Dos semanas más tarde, la «Speranza» empezó a decelerar. Estaban ya llegando a Saturno y el momento de actuar se encontraba muy próximo.

CAPÍTULO VII

Denis estaba muy nervioso.

Y lleno de aprensiones y temores, además.

Su situación estaba muy justificada. En todo aquel tiempo, el capitán Berghoff no había hecho la menor alusión a la desaparición del ex oficial Buckles.

Sus temores no le dejaban contemplar a gusto el espléndido panorama

que ofrecían Saturno y sus anillos, contemplados desde una distancia que se iba acortando por minutos. En cualquier otra ocasión, el joven hubiera admirado incondicionalmente el magnífico espectáculo, pero ahora no tenía humor para nada.

Algo se estaba tramando, Denis no sabia exactamente qué era, pero lo «olía» en el ambiente, porque, además de que Berghoff no había vuelto a hablar para nada de Buckles, lo realmente extraño era que ninguno de los demás tripulantes lo había mencionado. Como si el antiguo oficial no hubiera existido jamás.

En más de una ocasión, había intentado hablar del asunto con Macower, pero éste siempre se le había escurrido de las manos con diversos pretextos. A Macower no parecía importarle poco ni mucho el absoluto olvido en que se tenía a Buckles; por el contrario, Denis hubiera jurado que se divertía muchísimo con todo lo que sucedía a bordo.

—Míralos —le dijo una vez, señalándole un grupo de tripulantes que charlaban animadamente entre sí—. ¿Qué es lo que te sugiere ese pelotón de indeseables?

—Pues…

—Conspiradores —dijo tajante Macower—. Una tropilla de malos conspiradores que, de pronto, se van a volver hacia el público y romper a cantar un coro de opereta. Todos nos reiremos mucho y…

Denis soltó un bufido y se alejó, considerando que había que dejar a Macower por imposible.

Entretanto, la «Speranza» se iba aproximando a Saturno. El rumbo había sido alterado y el acercamiento era oblicuo, de modo que se estableciera una órbita paralela a la de los anillos. Para ello debían ejecutar varias vueltas en torno al planeta, en espirales cada vez más cerradas, hasta que, llegado el momento oportuno, quedasen los chorros apagados y la nave equiparada al deslumbrante cinturón del planeta.

Cada vez se iban acercando más a los anillos. Volaban por encima de éstos, perdiendo altura, con objeto de quedar situados a escasa distancia del exterior, el denominado por los astrónomos desde tiempo inmemorial con la letra A, cuyo color era gris, más apagado y menos brillante que el B, situado en el centro.

La maniobra les insumió dos días largos, al cabo de los cuales, era

fácil advertirlo a simple vista, la nave quedó detenida. Bajo ellos se extendía un infinito campo de pedruscos de todos los tamaños, de colores opacos, en una anchura de 18.000 kilómetros hasta el cinturón B.

La distancia de la nave al campo del anillo A era muy corta, inferior a los quinientos metros. A su izquierda, estaba el enorme disco del planeta, ocultando por completo el horizonte, en tanto que al lado opuesto se divisaba el espacio sin fin con una estrella mucho mayor que las demás enviando sus ya débiles rayos de luz a aquel rincón del sistema, rayos que, sin embargo, proporcionaban, ayudados además por el reflejo de la superficie de Saturno, la suficiente iluminación como para no necesitarse de la artificial.

Denis estaba junto al tripulante de guardia, observando el panorama. Schneider, el alemán, era el que manejaba los mandos, de acuerdo con las órdenes que recibía del capitán y hacía tan sólo unos momentos que había cortado el suministro de energía a los chorros impulsores, frenando el exceso de empuje con los chorros inversos, de modo que la nave quedase equilibrada, suspendida sobre el anillo, de tal forma que parecía inmóvil. En realidad, giraba con aquel inmenso conglomerado de pedruscos, en torno al planeta y a la misma velocidad que ellos.

La voz de Berghoff llegó seca, bramadora, a través del altoparlante.

—Curlin, venga a mi cámara.

Denis asintió. Treinta segundos más tarde se hallaba frente a Berghoff.

—A la orden, señor —dijo mansamente.

—Disponga todo para empezar la tarea. Hay quince botes auxiliares. Dos hombres irán en cada bote y, excepto los oficiales, que pueden nombrar libremente sn pareja, los demás serán designados por usted, en calidad de contramaestre. El bote restante quedará para un caso de emergencia, ¿estamos?

—Sí, señor. ¿Algo más, señor?

—No... —y el joven ya se iba hacia la puerta, cuando Berghoff le detuvo—. Sí, tenía que decirle algo. A usted le relevo de la libertad en el nombramiento de su pareja.

Denis arqueó una ceja especulativamente, en tanto que creía observar en el enorme rostro de Berghoff una irónica sonrisa. Pero no, era sólo

una ilusión óptica; aquel viejo lobo del espacio conservaba sus facciones inalterables.

—Macower irá en su mismo bote, Curlin. Nada más, puede retirarse.

Denis asintió y saludó, tratando de dominar el escalofrío que le había asaltado al oír las precedentes palabras. ¿Trataba el capitán de liquidarlos al mismo tiempo? No lo creía probable, considerando sus reiteradas manifestaciones de que necesitaba de todos los brazos disponibles y, en efecto, tal como estaban dispuestas las cosas para la faena, así lo parecía.

Con Maxine a bordo eran treinta y uno. Catorce botes, a dos por bote, daban veintiocho personas. Tres quedarían en la nave: Berghoff, el cocinero Stevens y la muchacha. Todos los demás, sin distinción de categorías, se dedicarían al trabajo, lucrativo según parecía, de buscar trozos de arcilla azul. Para ello estaba equipado cada bote con los dispositivos necesarios.

Después de transmitir a los oficiales las órdenes del capitán reunió a la tripulación. Fue nombrando las parejas, cuyos componentes, sin necesidad de más, pues harto conocían su oficio, fueron marchándose con gran animación a ocupar sus sitios, y, deliberadamente, dejó a Macower para, el final.

—¿Qué, he de ir a pie a buscar los vidrios? —preguntó el hombre con desvergüenza.

—Tú vienes conmigo.

—¿Con...tigo? ¿Te has vuelto loco?

Denis se encogió de hombros.

—Órdenes del capitán, Mac; es todo cuanto puedo decirte.

Los ojos del tripulante brillaron con ferocidad.

—Si ese canalla intenta algo contra mí... —y se calló bruscamente, porque Maxine acababa de aparecer en el comedor.

Se volvió desde la puerta.

—Date prisa, Curlin —dijo con sequedad, sin añadir una sola palabra.

Maxine lo miró alejarse y luego volvió su rostro hacia el joven.

—¿Qué le ocurre? Parece muy enfadado.

—¡Bah! Cosas sin importancia, Maxine. Bien, le ruego me dispense, pero tengo que salir a trabajar.

—¿Sí? Bien, no le quiero entretener, Denis. Pero una cosa le ruego, por favor: cuídese mucho.

Denis enarcó una ceja.

—¡Caramba! —bromeó—. ¿Desde cuándo se toma usted tanto interés por mí, Maxine?

—Oh, ¿qué importa eso ahora, Denis? Haga lo que le digo: tenga mucho cuidado y, sobre todo, los ojos bien abiertos.

La sonrisa desapareció del rostro del joven.

—Me preocupa usted con sus palabras, muchacha —dijo.

—Más me preocupa a mí que tenga que salir fuera a buscar diamantes. Quisiera tenerlo aquí, a bordo; estaría mucho más tranquila.

—¡Maxine! ¿Qué le ocurre?

La muchacha enrojeció súbitamente, desviando la vista.

Denis la tomó por los hombros, obligándola a volverse hacia él.

—Eso no puede ser, Maxine —dijo él—; apenas si nos hemos tratado.

Pero ella no contestó; desasiéndose bruscamente, dio media vuelta y echó a correr, dejando al joven más preocupado de lo que le hubiera podido convenir.

Denis caminó lentamente hacia el vestuario, colocándose dentro del traje de vacío. Se puso la escafandra y comprobó que el suministro de oxígeno era el normal. Sin embargo, por precaución, aún hizo otra verificación del contenido total en el comprobador correspondiente, constatando que tenía los depósitos llenos. Tal como estaban las cosas, no quería correr el riesgo de una jugarreta que podía serle fatal.

De allí se encaminó a la esclusa de salida, en la que ya le aguardaba Macower. Los demás tripulantes habían salido por parejas, y algunos de los botes despegaban ya de los amarraderos, situados en el largo brazo que unía las dos esferas de la nave. Éstas eran las prominencias que Denis había visto al principio de su estancia en la «Speranza» y

cuyo objeto no había sabido adivinar hasta que Macower le había instruido al respecto.

Jamás había tenido que ver nada el joven con la astronáutica, nada que no fuera el mero papel de pasajero. Por ello le produjo un singular efecto hallarse en el vacío, caminando a lo largo de un asidero que tenía el cilindro de unión, hasta encontrar su bote. Lo hizo detrás de Macower, el cual, como más veterano, sería el jefe de pareja, pese a la superior graduación de Denis y, una vez dentro, el individuo cerró la cúpula aislante.

El espectáculo era sorprendente y maravilloso a la vez.

A quinientos metros de altura, los anillos perdían su lisura, convirtiéndose en un fantástico conglomerado de rocas de todos los tamaños, desde el simple guijarro hasta la que alcanzaba dimensiones fabulosas, en este caso de varios kilómetros de espesor y altura. Sus colores eran generalmente apagados, grises, ocres y pardos, pero, aun así, la visión resultaba realmente magnífica. Saturno, hacia la izquierda, era una colosal semiesfera que ocupaba buena parte del cielo, bañado por la lejana luz del Sol y reflejando ésta en anchas bandas de colores, predominando los verdosos, amarillos, ocres y sienas, que daban vuelta al planeta en sentido paralelo al ecuador. Por el cielo pululaban los satélites, girando eternamente en tomo a Saturno, constituyendo un espectáculo suplementario asimismo de gran belleza. Era como si desde la Tierra se viera la Luna, multiplicada por nueve, todos ellos de diferentes tamaños y girando en distintos planos.

Los botes que les precedían, picaban ya hacia el anillo A, que era donde estaban los cotos de exploración de la arcilla azul. A ciento cincuenta y cinco mil kilómetros de distancia, la gravedad apenas si afectaba para nada la maniobra del pequeño cohete, que era literalmente un cilindro sin alas, y bastaba el más leve empujón de sus chorros para dirigirlo en el sentido requerido.

Las rocas fueron aumentando, a medida que se aproximaban hacia ellas. Era curioso comprobar que las cosas eran muy distintas vistas desde cerca que desde lejos. De esta última manera, los anillos parecían estar hechos de una sola pieza, como de una gasa coloreada que se hubiera solidificado, a través de algunos sectores de la cual podía verse incluso el cuerpo del planeta. Pero una vez se estaba allí, aquella gasa dejaba de ser tal, convirtiéndose en un inmenso amontonamiento de piedras de todos los tamaños, las cuales dejaban entre sí el espacio suficiente para que el bote pudiera maniobrar con

relativa comodidad.

En pocos momentos estuvieron sobre la primera capa de rocas. Macower buscó una solución de continuidad y se metió por ella, adentrándose en el inextricable laberinto de piedras, navegando con gran lentitud, tanto por el trabajo que tenían que realizar, como por evitar un choque que hubiera podido resultarles fatal.

Durante largo rato, fueron de un lado para otro, moviéndose con la misma velocidad que lo hubiera hecho una persona al paso. Tenía que ser así, puesto que la búsqueda de la arcilla azul tenía que hacerse por simples medios visuales. No había otra forma de hallarla y todas las demás resultaban inútiles.

De pronto, Macower alargó una mano.

—Vamos a ver qué es eso —exclamó, señalando un bloque de piedra de color oscuro, que se veía a unos pocos metros de distancia.

Muy lentamente, el bote se acercó a la roca señalada, cuyas dimensiones eran ligeramente superiores a los dos metros. Era curioso verla flotar en el espacio, inmóvil, pero, en realidad, girando en torno a su planeta a una enorme velocidad.

Como tenían puestos los trajes de vacío, no necesitaron descomprimir el aire. Bastó, para salir, que echaran atrás la cúpula transparente, después de lo cual, ayudados por las pistolas propulsoras, se aproximaron al pedrusco, tanteándolo con las manos enguantadas.

Macower le miró.

—Creo que hemos hecho una buena pesca —dijo, sonriéndole a través del casco.

Denis asintió. Macower, entonces, sacó un martillo del que se había provisto y golpeó con él una de las esquinas de la roca. Le dio dos o tres golpes fuertes y al cabo sacó del interior del polvo que se había formado y que no se había disipado, un trocito de algo que parecía cristal sucio.

Macower sostuvo la piedra entre el índice y el pulgar.

—Una docena de kilates, al menos, una vez tallado. ¿Eh, qué te parece?

—Para lo que me va a servir —murmuró lúgubremente el joven.

Macower se echó a reír.

—Ea, no te preocupes. Todavía estás vivo. Bueno, parece que hemos dado con un buen filón. Vamos a remolcarlo.

Denis asintió. Sabía lo que tenía que hacer.

Regresó junto al bote, del que se trajo una pequeña perforadora. Entre los dos practicaron un pequeño orificio cilíndrico en la roca, en el que, a presión, encajaron un gancho, unido por un cable metálico al bote. Regresaron después a éste, tras de lo cual emprendieron el camino de vuelta a la nave.

Mientras Macower pilotaba, Denis vigilaba el remolque de la roca, dando las indicaciones necesarias para no sufrir ningún entorpecimiento. De pronto, notó que el bote se detenía bruscamente, al mismo tiempo que percibía la vibración causada por un choque.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó por el transmisor individual.

Macower contestó con un juramento.

—Una maldita piedra que se apareció de repente frente a mí —refunfuñó el individuo—. Ha abollado la proa del bote, pero no creo que haya causado ningún otro daño. Sigamos.

Salieron fuera. Denis respiró al verse fuera de aquel dédalo constituido por billones de trozos de piedra. Realmente, era una sensación angustiosa, agobiante, verse sumergido en el interior del anillo, a uno o dos kilómetros de profundidad, sin ver otra cosa que rocas y más rocas en torno suyo. El brillo de las estrellas en el cielo, el resplandor del lejano sol y la luz del cercano Saturno, eran cosas que reconfortaban el espíritu, después de varias horas de búsqueda incesante.

Se acercaron lentamente a la nave, hacia la cual subían ya varios botes, todos ellos remolcando su correspondiente trozo de barro azul. Denis observó con satisfacción, pese a todo, que el suyo era el mayor.

Descargaron su piedra en la esclusa de la nave. El capitán había desconectado el mecanismo de gravedad, con el fin de manejar mejor los materiales. Fue, pues, relativamente fácil, empujar aquel enorme pedrusco al interior del cilindro, a una gran sala donde se veía la máquina trituradora que, reduciendo a polvo la arcilla, extraería del interior de ésta los diamantes contenidos en la misma.

En la búsqueda de diamantes habían empleado varias horas. Después de amarrar el bote, Denis se despojó del traje de vacío, dirigiéndose al comedor, eh donde restauró sus fuerzas, cambiando unas breves palabras con Maxine, lo justo para no inspirar sospechas. Conociendo la catadura de los hombres que albergaba la nave; así como su forma de proceder, quería evitar a la muchacha todos los contratiempos posibles.

Al concluir, se dirigió a la sala de extracción. Berghoff estaba allí, con aire satisfecho, dirigiendo las operaciones. Algunos de los tripulantes, más impacientes, golpeaban sendos trozos de roca con fuertes martillos, con ánimo de extraer de ellos las piedras que pudiesen contener en su interior.

Berghoff le acogió con una clara sonrisa de satisfacción.

—Esto marcha estupendamente, Curlin. De seguir así, en pocos días podremos dar por terminada la tarea.

—Eso no me conviene mucho a mí —torció el gesto Denis.

—¿Por qué?

—Porque así son menos días de vida los que me quedan —contestó el joven secamente, provocando una enorme risotada del capitán.

—Me gusta tu valor, muchacho, me gusta. Otro, en tus condiciones, estaría ya a mis pies rogándome por su vida, Pero tú, en cambio, nunca podré decir que no me fuiste de utilidad. ¡Mira lo que ha salido, precisamente en el pedrusco que trajisteis tú y Macower!

Berghoff metió mano al bolsillo y sacó cuatro o cinco piedras del tamaño de un garbanzo cada una. Estaban sucias y con poco brillo, pero a Denis se le cortó la respiración solamente de pensar lo que haría un buen tallador con aquellos diamantes.

—Una fortuna, sí, una fortuna —exclamó Berghoff, guardándose de nuevo las piedras—. Y tú, ¡pobre!, no la podrás disfrutar. Lástima que tenga que matarte, Curlin, porque empezaba a tomarte afecto, y además, haces un buen contramaestre.

El joven entrecerró los ojos.

—Todavía estoy vivo, capitán —dijo secamente, después de lo cual, dio media vuelta y se fue sin añadir palabra.

Tres días más tarde, cuando entre él y Macower estaban remolcando un enorme pedrusco de arcilla azul hacia la nave, ocurrió algo imprevisto.

CAPÍTULO VIII

Estaban tan cerca de la nave, que casi les llamaron con el gesto más que por medio de la radio.

—¡Soltad el pedrusco! —se oyó la bronca voz del capitán—. ¡Aprisa, aprisa!

Aparte de la orden que les dieron de abandonar lo más rápidamente posible, Denis escuchó otras impartidas a los restantes miembros de la dotación que todavía se hallaba en el interior de los anillos buscando diamantes.

—¡Quédense donde están y no se dejen ver ni detectar por nada del mundo!

Era obvio que Berghoff estaba alarmado por algo que sucedía de modo imprevisto. Nunca le había visto obrar de aquella forma, pues parecía haber perdido la serenidad.

En pocos momentos dejaron el bote junto a la nave, pasando después a la esclusa y de ésta al interior. Casi antes de que tuvieran tiempo de despojarse de las escafandras, Berghoff se les echó encima.

—Una nave extraña se acerca. Pudiera ser de las patrullas del espacio. Si es así, recordad que estamos tratando de reparar una avería en los sistemas de propulsión.

Macower se encogió de hombros con gesto aburrido.

—Bueno —dijo lacónicamente.

En cuanto al joven, asintió en silencio. Berghoff se fue hacia la cámara de control, en la que manipuló una serie de aparatos, hasta conseguir lo que deseaba.

Hecho esto, movió un telescopio que había instalado sobre un trípode,

enfocándolo hacia determinado punto. Después de unos atentos minutos de observación, retiró su vista del ocular.

—Mira tú ahora, a ver qué te parece, Curlin.

—¿Cómo? ¿Un veterano del espacio... me pide consejo a mí?

—Déjate de chanzas y haz lo que te digo. Esa nave tiene todo el aspecto de una patrullera.

Denis alzó los hombros, acercando después el ojo al telescopio. Movió el tornillo de enfoque y cuando hubo centrado las imágenes, observó durante unos segundos.

La potencia del telescopio era mayor de lo que permitía adivinar su relativamente reducido tamaño. Gracias a ella, Denis pudo apreciar la estructura del aparato que se les aproximaba.

La nave que llegaba, decelerando según se podía ver por el fulgor de sus chorros inversos de freno en funcionamiento, era distinta de la «Speranza», ya que podía despegar y aterrizar directamente de los planetas. Fundamentalmente era una especie de huso largo, con unas breves aletas en triángulo que le servían para apoyarse en la atmósfera cuando volaba por el interior de ésta. Su morro era de forma cónica, muy afilado, y todo el conjunto, esbeltísimo, fino, daba una enorme sensación de fuerza y poderío.

—Una maldita, una condenada patrullera —dijo Berghoff, rechinando los dientes—. No podía ser otra cosa en esta región del espacio, tan apartada de las órbitas comerciales.

De pronto, Denis recordó algo: Maxine. ¿Dónde estaba, que no la había visto?

Se lo preguntó a Berghoff.

—No te preocupes por ella; está bien guardada.

Tampoco estaba Stevens. La cosa empezó a alarmar al joven y, con toda seguridad, habría insistido en el asunto de no haber sido porque la patrullera llegaba rápidamente.

Con paso vivo, Berghoff se dirigió hacia la esclusa, seguido de cerca por el joven. Macower estaba ya allí. En cuanto a Stevens, Denis supuso que estaría en la cocina y por el momento dejó de preocuparse de él.

A través del vidrio circular qué había en la compuerta, pudieron ver a la nave acercándose mediante suaves impulsos de sus chorros laterales. El piloto corrigió algunos movimientos de la maniobra hasta que, de pronto, Denis vio salir disparado un cable hacia ellos.

Sonó un golpe seco, casi musical, cuando el arpeo magnético quedó fijado al casco de la «Speranza». La patrullera puso en funcionamiento el tambor que enrollaba el cable, hasta que los dos navíos quedaron costado a costado.

Pocos momentos más tarde, tres hombres pasaban a bordo de la «Speranza». Una vez franqueaba la compuerta interna, se despojaron de los cascos.

Uno de ellos era portador, sobre el tejido del traje, de las insignias de capitán. Se presentó, saludando con grave cortesía.

—Capitán Bauder, de la policía espacial, al mando de la patrullera «Ringling». Teniente Sorli y sargento Clifford.

—Mucho gusto, capitán —respondió Berghoff, dando su nombre—. Le presento a mi segundo, teniente Curlin, y contramaestre Macower.

Denis abrió la boca al ver la desfachatez de Berghoff. Tan estupefacto quedó, que no se atrevió siquiera a contradecirle.

—Si no le molesta, capitán Berghoff —dijo Bauder—, querría hablar unos momentos con usted.

—Puede hacerlo aquí mismo, capitán.

El tono y la postura de Berghoff eran lo suficientemente explícitos como para indicar que no deseaba que los patrulleros pasasen más adentro y que, si estaban en aquel lugar, era por el poderío de sus armas de a bordo y no por otra cosa.

Los ojos de Bauder chispearon un segundo. Después, preguntó:

—¿No han recogido ustedes ningún náufrago de la «Florida»?

—No, señor. Oímos el desastre por radio, pero no encontramos a ninguno. ¿Náufragos, capitán? ¿De dónde los iba a haber, si esa nave estalló?

—Las explosiones tienen, a veces, cosas muy raras, capitán Berghoff. De todas formas, el desastre ocurrió muy cerca de su órbita. Es raro

que sus detectores no señalaran la presencia de algún fragmento de hierro cerca de ustedes. Una explosión puede destruir una nave, pero no convertirla en polvo, como si fuera de simple barro.

—Lo siento, capitán Bauder; no encontramos nada… ni —agregó intencionadamente Berghoff—, «nadie».

—Está bien —suspiró Bauder—. Entonces, no quiero molestarle nada más, capitán Berghoff. Es una lástima.

—¿Por qué es una lástima? —inquirió Berghoff.

Bauder suspiró de nuevo.

—En la «Florida» iba la mejor cantante que yo he oído jamás: Maxine. ¿La oyó usted nombrar alguna vez, capitán Berghoff?

—Nunca.

—¡Qué bonita voz tenía! Sobre todo, cuando cantaba aquella canción que la había hecho mundialmente famosa «Cuando las rosas nacen, nace un nuevo día para los dos». ¿No la oyó nunca usted, capitán Berghoff? Era así: Tra, lará, la, la, lará…

Denis hubo de contener la risa, no por el escaso sentido musical del oficial patrullero, sino por la cara que ponía Berghoff, a quien se le estaba viendo claramente las ganas que tenía de echar a patadas a los policías. Pero el capitán de la «Speranza» supo contenerse, y así, después de algunas frases más sin importancia, quedaron solos en la nave.

La patrullera puso en funcionamiento sus chorros y, describiendo una ágil curva, viró en redondo, pendiéndose de vista en pocos momentos,

—¡Estaba ya que no cabía en mí! —resopló Berghoff, apenas se hubieron quedado solos—. Mira que venirme con cancioncitas, el muy… estúpido.

—Yo soy el que tendría que cantarle a usted, capitán, y no cancioncitas precisamente —dijo decididamente el joven—. ¿Por qué engañó usted al capitán Bauder? ¿Por qué nos otorgó a Macower y a mí unos cargos inexistentes?

El rostro de Berghoff se endureció repentinamente.

—¿Y no se te ha ocurrido preguntarte, condenado idiota —bramó el

hombretón—, por qué ese capitán Bauder no nos ha pedido los papeles ni ha solicitado examinar el diario de a bordo? ¿No se te ha ocurrido preguntarte por qué, pudiéndolo hacer, no insistió en pasar de aquí?

—No, porque no soy un delincuente como usted —dijo el joven, desafiante—. Yo no temo a nadie...

—Salvo a mí.

—No esté tan seguro, capitán. ¿De veras cree usted que le tengo miedo?

Las manos de Berghoff se abrieron y cerraron convulsivamente. Denis se dijo que quizá había llevado demasiado adelante su provocación y, contradiciendo interiormente sus palabras, tuvo miedo.

Pero Berghoff, al fin, relajó sus músculos. Emitió un poderoso resoplido y mirándole desdeñosamente, dijo:

—Ese tipo venía aquí a espiar, para que te enteres.

—Tuvo usted mucha fe en mí, capitán Berghoff. ¿No sintió miedo en algún momento de que le denunciara?

—¿Tú? —rió el capitán estruendosamente—. ¿Tú, denunciarme? Suerte de que no lo has hecho, porque si se te ocurre hacer la menor mención... ¡Mira! —exclamó de repente, moviendo la mano con fulmínea rapidez.

Algo brilló con metálicos reflejos. Era una pistola eléctrica, capaz de liberar poderosas descargas de alta tensión, que carbonizaban instantáneamente a la persona que era alcanzada.

—En un segundo os hubiera barrido a todos —Berghoff se guardó de nuevo la pistola. Echó a andar hacia su cámara, pero a mitad de camino volvió la cabeza—. No te olvides de la pistola, muchacho; y cada vez que pienses mal de mí, recuérdala, ¿me entiendes?

Cuando Denis y Macower se quedaron solos, el segundo exclamó:

—¡Vaya un pájaro que está hecho el viejo!, ¿eh? A ese tipo no hay quien le sorprenda.

Denis no contestó. Dando media vuelta, se dirigió hacia la escalera que llevaba a la planta superior, en donde estaba situada la cámara

que había sido destinada para la muchacha.

Maxine estaba allí, desde luego, pero vigilada muy de cerca por Stevens, el cual sostenía con aire negligente una pistola similar a la que había mostrado el capitán.

Denis lo miró con hosco ceño.

—Puedes largarte —dijo, y Stevens, asintiendo sin contestar, obedeció.

Al cerrarse la puerta, Denis se acercó a la muchacha, la cual continuaba sentada tal como la encontrara el joven, con las rodillas juntas y al borde de la litera.

—¿Se encuentra bien? —inquirió él ansiosamente. Maxine sonrió.

—Perfectamente, Denis. ¿Qué ha ocurrido? Cuando oí al capitán dar las órdenes para que se escondiera todo el mundo, temí algo. Y casi en el acto, Stevens vino aquí y me amenazó con la pistola.

—Era una nave patrullera. Preguntaban por usted.

—¿Por mí? —exclamó ella, muy asombrada.

—Bueno, sólo por usted no. En realidad, andaban inquiriendo a ver si desde aquí se había visto algo relacionado con la explosión de la «Florida». El capitán de la patrullera preguntó si se había recogido algún náufrago y Berghoff dijo que no.

—¡Qué desfachatez! —exclamó ella, indignadísima.

—No tanto, si se considera desde su punto de vista. A Berghoff no le convenía que usted viera al comandante de la patrullera.

Ella asintió.

—Es lógico, pero...

Denis sonrió.

—Por cierto, que el capitán Bauder, el comandante de la nave de patrulla, ¿sabe?, ha resultado ser un furibundo admirador de su arte, Maxine.

La muchacha sonrió, inevitablemente halagada.

—Casi —continuó Denis—, se echó a llorar al recordarla. Dijo que

jamás la podría olvidar y que era una lástima que no volviera a oír su canción favorita.

—¿Mi canción favorita?

—La suya, o la de él, Maxine. Esa que dice… déjeme a ver si recuerdo… ¡Ah!, sí. «Cuando… cuando las rosas nacen, nace un nuevo día para los dos.»

Maxine le miró.

—Ah, una bonita canción —dijo, tras leve titubeo. Sonrió—: Sí, me gustaba bastante. Un día se la cantaré… para usted solo, ¿querrá?

—Con mucho gusto —repuso él, mirándola embobado—. Sobre todo, considerando que no la he oído nunca.

—¿A la canción o a mí? —preguntó ella, picarescamente.

—Casi podría decir que a ninguna de las dos. Por supuesto, la única noche en que la vi a usted, no estaba, me avergüenzo de confesarlo, en las debidas condiciones para apreciar su arte. Lo siento —murmuró él, levemente sonrojado.

Ella le apoyó una mano sobre el brazo.

—No se preocupe usted, Denis, tiempo tendrá para oírme —dijo.

El joven suspiró largamente.

—¡Qué optimista es usted! Quisiera tener yo su magnífico espíritu, Maxine, pero, desgraciadamente, no hay que hacerse muchas ilusiones con esta tripulación de piratas.

—¿Quién sabe? —dijo ella—. A lo mejor se arregla todo de la manera más inesperada, ¿no cree?

Denis meneó la cabeza.

—Ya casi no creo en nada. Los buenos sólo triunfan en la ficción; en la realidad, son los malos los que se llevan la mejor tajada, después de haber eliminado a los otros, claro está.

—Si sigue así, me hará llorar. ¡Váyase a trabajar! —le increpó ella, aunque con tono de broma.

Hubo de pasar un largo espacio de tiempo antes de que se asegurase el

capitán Berghoff de que estaban solos y que la presencia de la patrullera ya no era ningún peligro para sus ilegítimas actividades. Cuando esto hubo sucedido, Berghoff emitió la orden de regreso y, poco a poco, uno por uno, todos los botes fueron volviendo a la nave, remolcando los fragmentos de roca que habían podido conseguir.

Denis estaba en la esclusa al lado de Berghoff y, observándolo, pudo apreciar en éste claras señales de satisfacción.

—La última vez no nos fue tan bien —dijo aquel pirata—. Curlin, amigo mío, qué lástima que tenga precisión de eliminarte. No es por nada, ya ni sospecho que tú seas un agente secreto, pero, como puedes comprender, hay momentos en que cierta clase de testigos molestan. Una lástima, repito, porque de esta hecha, nos vamos a forrar todos.

—Bueno, también podría usted considerarme como uno de los suyos, capitán —dijo el joven—. A fin de cuentas… ¿cuánto cree usted que podría corresponderme por mi parte?

Berghoff se rascó la hirsuta cabellera, con aire dubitativo.

—Pues… yo calculo que de cien a ciento cincuenta mil «garants». Limpios, por supuesto.

—Esa es una suma como para mantener la boca cerrada durante un siglo, capitán. Démela usted y verá cómo me convierto en algo que, colocado junto a una tumba, haría que ésta pareciese un senador en vísperas de elecciones.

Berghoff se echó a reír.

—¡Qué cosas se te ocurren, muchacho! No sé… no sé… Bueno, ya veremos. De momento, tomo en cuenta tu proposición y…

Denis lo había hecho tratando de ganar tiempo. Veía que las horas y los días transcurrían cada vez más rápidos, llevándole al final que el capitán había previsto para él. Y también para Maxine; pero si lograba convencer a Berghoff de dejarle con vida, ¿por qué no iba a hacer lo mismo con la muchacha?

Berghoff decidió suspender durante veinticuatro horas la búsqueda de fragmentos de arcilla azul, dedicando todo este tiempo a la pulverización de los ya existentes, con el fin de localizar los diamantes que pudieran tener en su interior. Doce horas más tarde, y sobre un fondo de terciopelo negro, limpios por completo de polvo, Denis vio un enorme montón de gemas que, aun sin tallar, relucían de modo

fulgurante.

Berghoff le miró con ojos en los que se veía el brillo de la más insana codicia.

—¿Qué te parece, muchacho? Todavía no estamos a la mitad y ya llevamos recogidos más de un millar de quilates. Si se supiera en la Tierra de la existencia de este yacimiento, ¿qué supones tú que ocurriría?

Denis devolvió la mirada.

—Es preferible no imaginarlo, capitán.

Berghoff se echó a reír, al mismo tiempo que volvía a envolver los brillantes.

—Eres un buen muchacho, Curlin. Una pena que tenga que liquidarte al terminar, una verdadera pena.

Al llegar la noche, Denis se acostó. Pero no podía dormir. El cerebro le funcionaba activamente, tratando de buscar una solución para el problema que —no era el primer día— le desvelaba.

Por un instante, pensó en llamar a Maxine subrepticiamente y huir a Titán en uno de los botes, el satélite de Saturno situado a poco más de un millón doscientos mil kilómetros. Pero en seguida se dio cuenta de la futilidad del proyecto. Aquellos artefactos eran muy lentos, aptos únicamente para la labor en que se les utilizaba y, por otra parte, la renovación de las cargas de aire y combustible se hacía a diario, una vez terminada la tarea, con lo que a bordo de uno de ellos apenas si podrían subsistir veinticuatro horas. Por otra parte, su emisora era local, de corto alcance, de modo que no había siquiera que soñar en poner sobre alerta a la pequeña guarnición que había en el satélite, guarnición más bien compuesta por científicos y especialistas, aparte de un pequeño grupo de gente que cuidaba de unos depósitos de víveres y combustibles situados allí para casos de aprovisionamiento de urgencia. No, Berghoff lo tenía todo bien calculado y no era hombre que dejase nada al azar.

Furioso, el joven crispó los puños de rabia, dándose cuenta de que se hallaba en una ratonera sin salida. Entonces fue cuando le pareció escuchar un ruidito sospechoso.

Algo que se parecía mucho a unos pies desnudos corriendo precipitadamente por el pasillo, sonó muy cerca de él.

CAPÍTULO IX

Cualquier cosa que, posiblemente, contribuyese a aliviar lo precario de su situación tenía que atraerle y ésta que sucedía, parecía serlo. Por lo tanto, Denis se puso en pie y, vistiéndose con dos hábiles movimientos, salió fuera.

El pasillo se hallaba desierto, sumido en el más completo silencio. Las luces se habían reducido al mínimo y la semioscuridad que allí reinaba, arrojaba sombras espectrales sobre las paredes.

De cuando en cuando se oía un ruidito: algún leve crujido de un mamparo, el lejano y apenas perceptible bordoneo de la máquina, constantemente en funcionamiento, aunque al «ralentí» en el momento actual… pero, por lo demás, el silencio era total, impresionante.

Denis tuvo la sensación de que unos ojos le estaban espiando. Miró a un lado y otro sin poder encontrar nada. Vaciló.

Retrocedió un paso, como para meterse en la cama y en aquel momento creyó oír un ruidito que no tenía nada de natural. ¿Era una persona que gemía?

Decidido a averiguar lo que sucedía, Denis salió al pasillo, dirigiéndose hacia la escalera que daba al piso inferior. Bajó y en el corredor que accedía al puesto de mando se detuvo un segundo.

Escuchó atentamente.

El ruido parecía llegar de su final. Denis lo siguió, escuchando atentamente hasta detenerse en la puerta del cuarto de transmisiones.

Sí, era allí donde se producía aquel sonido tan singular, que parecía el gorgoteo de una persona degollada. Un escalofrío recorrió la espalda del joven quien, tratando de guardar absoluto silencio, sacó la navaja, desplegando la hoja.

La puerta estaba abierta unos centímetros, espacio más que suficiente para que por ella se filtraran todos los ruidos al exterior. Con la mano izquierda, Denis empujó la hoja muy lentamente, hasta dejar el sitio

suficiente para dejar pasar a su cuerpo.

Entonces entró, con los ojos desorbitados por el espanto. Allí, en el suelo, junto al micrófono, Päako, el radio finlandés, se estaba desangrando por una horrible herida que tenía en el cuello.

Los ojos del finlandés estaban ya turbios por la muerte. Le miraron un segundo y al siguiente, un débil suspiro se escapó de aquel pecho ya agonizante. Päako dobló la cabeza a un lado y murió.

Entonces fue cuando Denis sintió un crujido a sus espaldas.

Se volvió con la rapidez del rayo, en alto la mano armada con la navaja.

Pero al instante suspendió el golpe que había estado a punto de descargar. Maxine, con el rostro blanco como la cera, se hallaba frente a él.

Sin comprender aún nada de lo que ocurría, Denis fue hacia la puerta, que cerró cuidadosamente. Después, volviendo hacia la muchacha, le preguntó en voz baja:

—¿Qué hace aquí? ¿Fue usted la que mató a Päako?

Ella movió la cabeza, incapaz todavía de hablar. Denis observó que los habitualmente rojos labios de la muchacha, carecían ahora de color.

—Vamos —la apremió Denis—; hable usted; los momentos no son para andarse con sentimentalismos. ¿Qué ha ocurrido?

—Vi… vine aquí para ver… si podía enviar un mensaje…

—¿Un mensaje? ¿A quién?

—No lo sé… A cualquiera… a cualquiera que pueda librarnos de esta horrible situación. Oh, Denis, cada vez que veo al capitán Berghoff me estremezco y…

—¿Mató usted a Päako?

—No… ya estaba así cuando yo llegué… Quise hacer algo por él, pero ya no tenía remedio…

—¿Y no vio a nadie? ¿Sospecha de alguno de los que estamos a bordo?

—No. No he visto a nadie ni oí nada.

Denis se acarició la mandíbula con la mano.

—Pues, sea como sea, yo creo que éste es el momento más adecuado para transmitir ese mensaje. A fin de cuentas, el capitán Bauder ignora que usted y yo somos virtuales prisioneros de ese canalla de Berghoff y ésta es la hora de que lo sepa. ¿Entiende usted de radio?

La muchacha asintió.

—Pues, entonces... —pero Denis calló, porque unos pasos se aproximaban bruscamente hacia allí.

El joven tomó a Maxine por un brazo, colocándola en el lado opuesto de la puerta.. Apenas acababan de hacerlo cuando ésta se abrió de modo brusco.

Un hombre asomó por ella. Denis vio la cara de sorpresa que ponía el individuo al ver a Päako tendido en el suelo, en medio de un lago de sangre.

De pronto, el individuo se volvió, como si hubiese intuido una presencia extraña en el cuarto. Era Svernoff, en cuyo rostro se notaban aún las señales de la cuchillada que le asestara Denis tiempo atrás.

Una exclamación de cólera se escapó de los labios del ruso. Éste acababa de ver la navaja que Denis aún tenía empuñada y, sin detenerse a pensar más, supuso que era el joven quien había apuñalado al finlandés.

Con un bramido de cólera, Svernoff saltó hacia adelante.

Denis quedó tan sorprendido que, en el primer momento, no supo qué hacer y permitió que las manos del ruso llegaran a su garganta.

El instinto de conservación se impuso. Movió el brazo en sentido pendular y la hoja del estilete penetró profundamente en las carnes del ruso.

Una capa de ceniza cayó instantáneamente sobre el rostro de Svernoff, en cuyos ojos apareció una expresión de espanto. Con gran repugnancia, pero pensando siempre en su vida y en la de Maxine, Denis repitió el golpe.

Los músculos de Svernoff se aflojaron. Un gran suspiro se escapó de

sus labios, repentinamente exangües y luego, girando sobre sí mismo, caminó pesadamente un par de pasos, para desplomarse luego al suelo, con infinita lentitud, casi encima del cadáver de Päako.

Denis respiraba afanosamente. Miró a Maxine, también muy pálida.

——Lo... lo siento —murmuró—. Pero... debía salvar nuestras vidas y... Vámonos de aquí, pronto.

La muchacha asintió. Echó a andar hacia la puerta, pero súbitamente desvió su camino.

Rodeó los cuerpos tendidos en el suelo y fue hacia la mesa de transmisiones, en donde movió un par de palanquitas. Una lucecita roja se encendió instantáneamente, después de lo cual, echó a correr hacia la puerta, junto a la cual la estaba aguardando Denis.

Loes jóvenes corrieron en silencio. Maxine se metió en su habitación y Denis en la suya, limpiando la navaja de sangre antes de volver a guardársela y meterse en la cama.

No pudo pegar el ojo en toda la noche, esperando a cada momento el estallido que tendría que seguir al descubrimiento de los cadáveres. Sin embargo, y con enorme sorpresa suya, nadie dijo nada a la mañana siguiente ni nadie, tampoco, pareció echar de menos a Päako y a Svernoff.

El desayuno se desarrolló como de costumbre. Todos los tripulantes devoraron en silencio y con gran rapidez sus respectivas raciones, después de lo cual todos ellos se marcharon precipitadamente a continuar su labor.

Denis no probó bocado, limitándose a ingerir dos o tres tazas de café muy fuerte. Le pareció sentir sobre él, durante todo el tiempo, la irónica mirada del capitán Berghoff, pero, temeroso, no quiso ni mirarle al rostro tan siquiera.

Encendió un cigarrillo con pulso vacilante. Entonces oyó la voz del capitán.

—¿Qué te ocurre, Curlin? Te veo muy pálido.

Denis se sobresaltó de tal manera, que el cigarrillo se le cayó al suelo. Furioso consigo mismo por tal prueba de nerviosismo, lo pisoteó, encendiendo uno nuevo.

No obstante, asintió.

—Sí… me siento un poco flojo, capitán… me duele la cabeza y…

—Pues si no quieres, no vayas hoy a trabajar. A mí me gusta tratar siempre bien a los que trabajan para mí, ¿no es cierto, Macower?

Éste asintió con una pálida sonrisa.

—Muy cierto, capitán. Bueno, si no está bien, que se quede en cama; iré yo solo en el bote. Por una vez no importa. Hasta luego.

Macower se puso en pie y se alejó tranquilamente. Stevens empezó a recoger platos y tazas vacíos, en tanto que Berghoff se alejaba hacia el cuarto de transmisiones, en donde solía permanecer casi todo el tiempo a la escucha de posibles mensajes de la gente que trabajaba en el interior de los anillos.

Al terminar el cigarrillo, Denis se levantó también, dirigiéndose a su habitación, en la que se encerró, dejando la navaja al alcance de la mano. Se tendió en el lecho, con las manos en la nuca y empezó a meditar sobre los acontecimientos sucedidos en la noche pasada.

Pero casi no pudo hacerlo; momentos después, Maxine se colaba de modo furtivo en la cámara.

Denis se incorporó de un salto, enormemente sorprendido por la aparición de la muchacha. Ésta se llevó el dedo a los labios, recomendándole silencio.

Denis se le acercó.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene ese misterio?

Ella le contestó con voz que era apenas un susurro.

—Denis, hemos de abandonar la nave.

La sorpresa recibida por el joven fue tan grande que estuvo a punto de caerse al suelo.

—¿Abandonar… la nave?

—Sí, pero, vamos, no perdamos tiempo. Dese prisa, por el amor de Dios.

—¿Es que Berghoff y su pandilla han decidido ya asediamos?

—No haga preguntas y sígame. Aprisa, Denis, aprisa.

Acuciado por el tono de urgencia de la muchacha, el joven hizo lo que le decían. Maxine se dirigió rectamente hacia la esclusa de botes, pasando antes por el vestuario, en donde empezó a colocarse uno de los trajes de vacío, ayudada por Denis quien, si no comprendía aún nada de lo que sucedía, sí, en cambio, empezaba a intuir algo completamente nuevo para él. Denis también se vistió. Con el casco en la mano, se dirigió hacia la compuerta, al otro lado de la cual, flotando indolentemente en el espacio, sujeto a la nave por un delgado cable, se veía uno de los botes.

—¿Listos? —preguntó la muchacha, cuyo aspecto resultaba encantador, pese al embarazoso traje, gracias a una cinta roja con la cual se había sujetado el largo cabello.

Denis asintió y se colocó el casco, efectuando el cierre hermético. Apoyó después su mano en el mando de apertura y la compuerta interior empezó a deslizarse lentamente.

Pero, de pronto, una mano pareció cogerle por el cuello, estrangulándole. La sensación fue tan real, que Denis volvió el rostro instintivamente.

No, no había nadie, estaban solos.

Entonces, ¿a qué se debía aquella sensación de ahogo? ¿Por qué no podía respirar?

Miró a Maxine. La muchacha parecía hallarse en condiciones análogas a las suyas. Respiraba afanosamente, con grandes dificultades.

Una chispa de inspiración brotó entonces en el cerebro del joven. Con rápidos gestos se despojó de la escafandra y, al momento, una bocanada de aire fresco penetró en sus pulmones.

Cerró la esclusa de nuevo, preso su ánimo de una horrible sospecha. Maxine, al verlo, había hecho lo mismo que él.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no podemos respirar? —inquirió la muchacha.

Con gesto ceñudo, Denis se despojó del traje, llevándolo luego hasta el comprobador de carga. Ahora sabía manejarlo y pronto le dijeron los indicadores que en los depósitos no quedaba una gota de oxígeno.

—¡Han vaciado los cilindros! —exclamó, rabioso, después de comprobar el traje que Maxine tenía aún puesto.

Luego miró en torno suyo. Faltaban escafandras.

Normalmente, tendrían que haber allí cuatro o cinco más: las dos de Svernoff y Päako, la de Buckles, la del capitán y Stevens… y las suyas, que eran las únicas que existían en aquellos momentos. ¿Dónde estaban las restantes? ¿Qué conspiración tan diabólica se habían formado contra ellos?

No quedaba más que una solución.

—Quítese el traje, pronto, Maxine.

La muchacha obedeció. Al terminar, le miró angustiada.

—Oh, Denis, ¿qué podemos hacer ahora?

—No sé cuáles son sus planes, ni qué es lo que pretende usted, Maxine, pero el único recurso que nos queda es volvernos a nuestras cámaras o… intentar apoderamos de la nave.

—¿Cómo? ¿Apoderarnos de la nave?

—Sí. Nosotros somos dos; aquí sólo hay dos también: Berghoff y Stevens. Si hacemos las cosas bien, saldrán bien. No sé manejar apenas los mandos, pero creo conocerlos lo suficiente como para arrancar de aquí. Una vez en marcha, con orientarnos por el Sol tendremos suficiente; no dejará alguna nave de acudir a nuestras llamadas de socorro.

—Pero… pero aquí quedarán veinticinco hombres abandonados, Denis. Morirán en el espacio de un modo horrible y…

—¿Sí? Y nuestras vidas ¿es que no cuentan? Los depósitos vacíos de las escafandras constituyen un detalle demasiado significativo, Maxine. Estamos llegando ya al momento culminante del drama y el estallido puede producirse de un momento a otro. Tenemos que actuar inmediatamente y hacemos con el mando de la nave. Ellos o nosotros, Maxine, no hay otra solución.

—Muy bien —asintió ella—. Si no queda otro remedio…

—No, no lo hay; y todo el tiempo que estamos aquí discutiendo es tiempo perdido lamentablemente. Vamos a tratar de inutilizar primero

al capitán Berghoff y luego…

—Eso que ustedes están proponiendo es, lisa y llanamente, un motín.

Denis y Maxine se detuvieron en seco, clavados sus pies en el suelo, como si de repente les hubieran brotado raíces, los ojos desorbitados, más por la sorpresa que por el espanto.

Berghoff estaba plantado frente a ellos, las manos en las caderas y una fría sonrisa en sus gruesos labios.

Sus ojos brillaban de un modo singular, en tanto que, tras él, con servil expresión, podía verse al cocinero, empuñando un largo cuchillo que parecía ansioso por utilizar.

—Bien, bien —continuó el capitán, después de unos segundos de pausa—. Con que pretenden apoderarse de la nave, después de reducimos, primero a mí y luego a Stevens, ¿eh?

Denis recobró bien pronto el uso de la palabra para decir:

—No lo negamos. Es más, sabiendo la suerte que usted nos reserva, ¿no cree que tenemos perfecto derecho a defender nuestras vidas?

—Por supuesto que sí, muchacho. Pero estorbando tus planes, yo también defiendo la mía y la de mis hombres.

El joven se enderezó. Se veía ya condenado a muerte en un plazo muy próximo y ahora que ya todo estaba perdido, el miedo que había pasado hasta aquellos momentos le había desaparecido por completo.

—Muy bien, capitán —dijo—; empiece cuando quiera.

Berghoff se rascó la nuca.

—No sé cómo hacerlo, la verdad. Creo que lo más acertado sería poneros en la esclusa tal como estáis y lanzaros al espacio. No se padece mucho; en unos segundos se acaba todo. Pero, por otro lado, ¡es tan poco divertido!

—Puede montar una horca aquí mismo, capitán; con la gravedad tan baja que hay, debe tardarse mucho en morir y, por lo tanto, tendrá usted más tiempo de diversión. ¿Eh, qué le parece?

El capitán sonrió de un modo singular. Echó la cabeza un poco hacia atrás.

—¿Te gustaría a ti, Stevens?

La respuesta del cocinero estaba llena de rencor.

—Lo que sea, pero pronto, capitán; cuanto antes terminemos con éstos, mejor para los dos.

—Sí —dijo reflexivamente Berghoff—, mejor para los dos, Stevens. Tienes toda la razón del mundo.

Maxine lanzó un sordo gemido y, cogiéndose al brazo de Denis, apretó su cuerpo contra el del joven.

—Quieren marcharse y abandonar a los tripulantes —acusó.

Berghoff soltó una gran carcajada.

—¡Qué lista es la chica! Lo ha adivinado —y de pronto, el capitán echó su cuerpo hacia adelante, con los ojos brillándole como los de una fiera ávida de sangre—. Sí, los voy a dejar aquí; voy a dejar plantados en los anillos a toda esta pandilla de idiotas que han recolectado para mí más de un millar de quilates en diamantes. Este será mi último golpe; con lo de los viajes anteriores, tengo más que suficiente para vivir una vida de potentado, sin tener que viajar nunca más, ¡maldito sea cien veces!, por el espacio. Y vosotros dos también saltaréis por la borda. Todo, todo para mí... y Stevens, naturalmente.

Denis se estremeció. Aquel sádico condenaba a la más horrible de las muertes a un puñado de personas, sólo por satisfacer sus ansias de dinero. Y no le parecía mal, antes bien, al contrario, estaba muy satisfecho de ello.

Pero, de pronto, una idea se le ocurrió al joven. Denis advirtió que todo el siniestro plan había sido tramado entre los dos hombres con el fin de quedarse con el producto íntegro de las exploraciones. Recordó que Stevens había sido golpeado brutalmente, hasta quedar medio inválido, por el capitán, tiempo atrás. ¿No sería oportuno arrojar un poco de cizaña entre los dos?

—Muy bien —dijo—; mátenos. Mate a todos... y luego, cuando esté ya seguro de que todo le ha salido según sus deseos, mate también a Stevens. De este modo, el botín íntegro pasará a sus manos y no tendrá que repartirlo con nadie, ¿no es así, Berghoff?

El aludido se sobresaltó. Denis se dio cuenta de que acababa de adivinar el pensamiento de aquel hombre y sonrió.

—Stevens —dijo Berghoff—, no irás a creer lo que está diciendo este imbécil, ¿verdad?

El cocinero frunció el ceño. También en su espíritu habían calado las palabras de Denis.

—Supongo que no me hará usted esa faena, ¿verdad, capitán?

—Stevens, hijo mío, ¿tan malo me supones? —sonrió Berghoff.

—Una vez estuvo a punto de matarme —dijo rencorosamente el cocinero.

—¿Quién se acuerda ya de aquello, muchacho? Hace muchos años y... fue por una falta de disciplina, tenlo en la memoria. Ahora la cosa es distinta; sabes que, si me ayudas, tendrás la mitad de todo lo obtenido. ¿Qué, vas a vacilar ahora que eres prácticamente un millonario?

Pero Stevens ya no estaba muy seguro de lo que iba a hacer.

Denis se sintió muy satisfecho por su argucia verbal. Unos segundos antes tenía ante sí a dos hombres unidos; ahora parecían estar el uno frente al otro.

—Quisiera tener la seguridad de que no va a hacerme nada, capitán —se quejó Stevens.

—Muy bien —dijo Berghoff—; te daré todas las que quieras. A ver, hazme tú mismo una propuesta.

Stevens meditó unos segundos; después dijo:

—Déme las piedras; yo las guardaré en tanto dura el viaje. Al finalizar éste le entregaré la mitad. ¿Le parece bien?

—Oh, Stevens, viejo amigo mío, ¡qué poco te fías de tu capitán! Sin embargo, sea como tú quieres. Ahora mismo —indicó Berghoff con voz untuosa cuyo tono no escapó al fino oído de Denis— vamos a la caja fuerte que hay en mi cámara. Sacamos las piedras y... ¿te parece bien?

—Excelente, capitán. Vamos inmediatamente. Esta pareja está más segura aquí y no podrá escapar.

—De acuerdo —dijo Berghoff, girando sobre sí mismo. Pero entonces guiñó el ojo a Denis y Maxine.

Los dos jóvenes intuyeron algo horrible, espantoso, que había flotado en la sonrisa del capitán, llena de un siniestro significado. Y, efectivamente, así sucedió,

Stevens, confiado, volvió la espalda. Entonces, la manaza izquierda de Berghoff le tomó el rostro, tapándoselo casi por completo.

Stevens emitió un gemido sofocado. Braceó desesperadamente, tratando de utilizar el cuchillo, pero estaba situado de espaldas al capitán y su postura, dificultada además por su propia invalidez, era dificilísima.

El puño derecho de Berghoff, cerrado, se alzó en el aire.

El cráneo de Stevens crujió como una nuez partida por un cascanueces. Las piernas del cocinero se doblaron, pero no con la suficiente rapidez para que Berghoff no pudiera repetir el golpe, para estar de este modo seguro de que la muerte de Stevens se había consumado.

Cuando el desdichado cocinero hubo caído al suelo, Berghoff se volvió hacia la pareja con aire triunfal.

—¡El muy idiota! —exclamó—. Creía que al capitán Berghoff se le podía engañar de cualquier forma.

Denis y Maxine no acertaron a replicar, sorprendidos y espantados por la muerte del cocinero, que de modo tan repentino se había producido.

Maxine ocultó su rostro en el pecho del joven, tratando de no ver el horrible espectáculo que ofrecía el cocinero, yaciendo inerte en el suelo.

Pero en aquel momento una voz clara, vibrante, resonó en el ambiente.

—Stevens tenía razón, capitán Berghoff. A usted, siempre que uno sea suficientemente listo, se le puede engañar de cualquier forma. No, no se mueva, o le quemo.

Los ojos desorbitados de Denis advirtieron al otro lado la absolutamente inesperada presencia de Macower, en cuyo rostro flotaba la habitual sonrisa que formaba parte continua de su expresión.

Y Macower tenía razón, porque en su mano, sujeta con roqueña firmeza, se veía una pistola eléctrica, cuyo grueso caño apuntaba rectamente al cuerpo de Berghoff.

CAPÍTULO X

Macower sonrió.

—Nunca he visto un tipo más estúpido que usted, capitán. A pesar de su aparente energía y de su fabulosa corpulencia, tiene usted menos sesos que un mosquito.

Los ojos de Berghoff se entrecerraron en un gesto amenazador.

—Tira esa pistola, Macower, y olvidaré los insultos que acabas de dirigirme. Además te daré una buena parte del botín.

—¿La misma que le dio al cocinero? —rió el individuo—. ¿A quién trata usted de tomarle el pelo, capitán? No será a mí, ciertamente; porque no caeré en la trampa que le tendió a ese idiota de Stevens. Todos los brillantes para mí, ¿lo comprende?

Un rugido de fiera se escapó del poderoso pecho de Berghoff. Intentó arrojarse sobre Macower, pero éste blandió la pistola de modo harto significativo.

—No se mueva, capitán; quédese quieto donde está.

—Macower, tira el arma.

—No soy tan tonto como para eso, capitán. En el momento en que lo hiciera, usted me cogería entre sus brazos y me aplastaría el pecho contra la espalda. Ni lo sueñe, vamos.

—Te lo prometo, Macower —y la enorme mano de Berghoff se dirigió hacia la pareja, todavía abrazada a medias —. Estos dos son testigos.

Macower soltó una estridente carcajada, plena de sarcasmo.

Dijo al fin:

—¡Bah! Una pareja condenada a muerte… compuesta por dos infelices, uno de los cuales es el agente secreto que usted ha estado buscando durante tanto tiempo.

—¡Curlin no es el agente secreto! —bramó Berghoff—. ¿Piensas que no hice averiguaciones?

—¡Claro que las hizo, capitán! —asintió Macower—. Pero las llevó por una ruta errónea. El agente no es Curlin, sino la chica.

Olvidado por completo de la amenaza de la pistola, el capitán se volvió hacia Maxine.

—¿Usted… agente secreto? —balbuceó, en el más completo de los desconciertos.

Macower no esperó el asentimiento de la muchacha.

—No se moleste en que ella se lo confirme, capitán. Se lo aseguro yo y ya es suficiente.

—¿Cómo lo has sabido? —rugió Berghoff.

—Utilizando la sesera, capitán… y la radio también, naturalmente. Así llegué a saber que la «Florida» no había estallado jamás. Yo también tengo amigos fuera de aquí, ¿sabe? Todo lo que nos contó la chica acerca de su pretendido naufragio es una pura fábula. La Policía del Espacio urdió el embuste para que pudiéramos recogerla, después de situarla deliberadamente en nuestra ruta.

—Pero no ha podido averiguar nada.

—¿No, eh? ¿Por qué, entonces, se cree que liquidé a Päako? La chica había llegado a convencerle de que se pusiera de su lado y emitiera un mensaje a las patrullas. Si usted se hubiera preocupado un poco de las andanzas de Maxine, tal cosa no hubiera sucedido. Afortunadamente, yo pude llegar a tiempo…

En aquel momento el diálogo sufrió una interrupción.

Soltándose de Denis, Maxine avanzó hacia los dos personajes.

—No estés tan seguro de lo que dices, Macower. Después de que Svernoff murió, yo dejé conectada la señal automática de socorro. Por lo tanto, dentro de muy poco estará aquí de nuevo el capitán Bauder con su nave y les cogerá a todos prisioneros.

Macower soltó una terrible maldición.

—¿Es eso cierto? —preguntó, dirigiéndose al capitán.

—Supongo que sí. Joulac, a la mañana siguiente, me lo dijo, pero creyó que habría sido alguno de los muertos, de manera involuntaria, antes de caer al suelo. Por si acaso, yo lancé unos cuantos mensajes al espacio diciendo que todo se había arreglado y que ya no precisábamos socorro de nadie, porque ya habíamos arreglado la supuesta avería con nuestros propios medios.

Macower respiró profundamente.

—Menos mal. Capitán, empiezo a pensar que he de rectificar acerca del tamaño de su cerebro y de las ideas que contiene.

—Vuelvo a insistir —terció Maxine— que está usted completamente equivocado, Macower. Puede que las naves que hayan recogido la llamada de socorro hayan hecho caso de los mensajes del capitán, pero Bauder sabe bien lo que ha de hacer, y estará aquí pronto.

—Bueno, pero ya no nos encontrará en este sitio. Berghoff, nos vamos.

—¿Dejando a los tripulantes?

Macower se echó a reír.

—¿No era eso lo que pretendía usted, capitán? ¿Qué más le da que sea yo o sea otro el que lo haga? Por otra parte, esa es una cuestión que para usted carece ya en absoluto de importancia.

Berghoff palideció.

—¿Qué quieres decir, condenado?

Una indefinible sonrisa apareció en el rostro del forajido.

—Sencillamente… esto —dijo, y apretó el gatillo fríamente.

Maxine lanzó un gemido.

El alarido de cólera que lanzó Berghoff al ver el definitivo gesto de Macower quedó cortado en seco. Lo que cayó al suelo no fue su cuerpo, sino una irreconocible masa de carne carbonizada, que hedía de un modo espantoso.

La muchacha volvió el rostro. Macower avanzó hacia ella y,

cambiándose la pistola de mano, la tomó por un brazo.

—¡Ea, fuera de aquí! Y tú —exclamó, dirigiéndose a Denis— no hagas el menor movimiento si no quieres seguir la suerte del capitán, ¿te enteras?

Denis asintió, tratando de dominar la cólera que le hervía interiormente. Precediendo a la pareja, rodeó los dos cadáveres y, a indicaciones de Macower, se dirigió hacia la cámara de mando.

Una vez allí, el criminal volvió a hablar.

—De momento os dejo vivos. No por simpatía, sino porque necesito rehenes, ¿estamos? Ahora tú, Curlin, vas a manejar los controles y a situamos en una órbita que nos lleve lejos de Saturno en el menor tiempo posible.

El joven asintió en silencio. Maxine también callaba.

Las manos de Denis se movieron sobre el tablero de controles. Una ligera vibración se sintió cuando los chorros empezaron a despedir grandes llamaradas. Se sintió como una especie de vacilación y, lentamente al principio y más rápidamente después, la nave empezó a tomar altura sobre los anillos.

De momento no ocurrió nada. Poco a poco, la nave fue ganando velocidad, de una forma moderada, mas constante sin embargo.

Bruscamente, Macower soltó una gran risotada.

—¡Míralos allí! —exclamó, señalando un punto con la mano.

Varios botes salían del conglomerado de rocas, dirigiéndose a toda marcha hacia la «Speranza». Con sadismo sin igual, Macower conectó el receptor, y entonces un torrente de injurias o imprecaciones procedente de los defraudados tripulantes se extendió por toda la cámara.

Pero los botes no podían compararse en rapidez con la nave, la cual, aprovechando además el movimiento de rotación de los anillos, al que estaba equiparada, lo utilizaba para su despegue de los mismos. Poco a poco los botes, con sus frenéticas tripulaciones, fueron quedándose atrás hasta convertirse en sendos puntitos que no tardaron mucho en desaparecer.

—Bien —exclamó Macower—. Tú, Curlin, ve a la despensa y tráenos

algo de beber. Berghoff tenía muy buenos vinos guardados y es preciso celebrar el feliz final de la operación. Ten en cuenta —añadió, endureciendo el ceño—, que Maxine está en mis manos y que toda intentona por parte tuya la conducirá inexorablemente a la muerte, ¿entiendes?

Denis no contestó siquiera. Obedeció, tal como le había ordenado, y volvió al cabo de unos minutos, trayendo otra cosa, además de la botella y los vasos.

Macower frunció el ceño al darse cuenta del detalle.

—¿Qué es eso? —inquirió.

Denis sonrió tranquilamente.

—Te lo diré después de brindar por… el feliz final de la operación, Macower. Maxine, por favor, sirva usted misma.

La muchacha obedeció, muy extrañada. Cuando estuvieron los vasos llenos, y la cosa costó un poco a causa de la baja gravedad, Denis levantó el suyo:

—Por todos los crímenes que has cometido inútilmente, Macower.

—¿Qué quieres decir con esto, condenado? Te hice un favor matando a Buckles; entonces me eras simpático y creí convencerte con ello de que te unieras a mi causa. Pero me equivoqué y esto sólo me ocurre una vez en la vida. Explica ese brindis, ¡pronto!

La sonrisa de Denis no se borraba de su rostro, pese a que el joven sabía que Macower podía perder los estribos y cometer alguna barbaridad.

—¡Vamos, explícate de una vez!

Denis tomó un sorbo de licor.

—Excelente —dijo, chasqueando la lengua; y después de dejar el vaso sobre el tablero, abrió con ambas manos el pañuelo que había traído en ellas.

Dentro del pañuelo se veían algunas hilachas de tejido convertidas en ceniza y numerosos trocitos de algo que parecía carbón.

—¿Qué es esto? —rugió Macower, empezando a intuir la verdad.

Denis volvió a reír.

—Esto es algo que… «era» —repuso, subrayando la palabra—. Cuando me enviaste a buscar el licor, me asaltó una sospecha y quise comprobar si era cierta. Sí, lo era, Macower, y lo que ves son los diamantes que Berghoff llevaba encima y que tú carbonizaste con tu descarga al mismo tiempo que a su cuerpo.

Un relámpago de locura apareció en los ojos de Macower al comprender súbitamente la verdad. Berghoff había sido siempre muy desconfiado y no había querido guardar los diamantes obtenidos en la caja fuerte, tal como dijera. Siempre los había llevado encima

Y ahora… no eran otra cosa que sendos trocitos de carbón que ni para dar calor servían.

Maxine retrocedió, temerosa de alguna salvajada por parte del forajido. Por la suya, Denis se aprestó a luchar; no moriría sin antes defender su vida, aunque harto comprendía que la defensa contra una pistola de aquellas características era completamente nula.

Un repentino grito de Maxine rompió el «impasse» de silencio en que habían caído las tres personas.

—¡Ahí está! ¡El capitán Bauder!

Tres pares de ojos se dirigieron simultáneamente hacia el lugar que la muchacha señalaba. En el negro telón de fondo del cielo era claramente visible la roja chispa de un chorro que propulsaba hacia adelante con terrible velocidad a la nave patrullera, encaminándola rectamente a la «Speranza».

Denis trató de aprovecharse de la ventaja que le suponía la corta distracción del criminal. Pero éste se volvió repentinamente y le golpeó con el caño de la pistola en la mejilla, derribándolo hacia atrás.

—Todavía no me han cogido —exclamó Macower, fuera de sí—. ¡Ponte en pie inmediatamente y haz lo que yo te diga! ¡Tú —exclamó, dirigiéndose a Maxine—, ven acá!

La muchacha obedeció, quedando a muy corta distancia de Macower. Éste le encañonó con el arma.

—Curlin, vete abajo, a la sala de transmisiones y di que si intentan algo contra mí, quemaré viva a la muchacha, ¿estamos? ¡Rápido, antes de que se nos echen encima!

Con un fulgor de ira en los ojos, Denis obedeció, sabiendo que no le quedaba otro remedio. Tras unos cuantos esfuerzos, logró comunicarse con la patrullera, explicándoles en breves palabras la situación.

Desde arriba, Macower y la muchacha vieron el cambio de rumbo de la patrullera, la cual estableció casi de inmediato una órbita paralela a la de la «Speranza».

—Me quieren vigilar, ¿eh? Tendré que decirles que se alejen y…

Su mano movió la palanca del intercomunicador.

—¡Curlin! ¡Curlin! ¡Contéstame!

—Estoy aquí —dijo el joven—. ¿Qué e« lo que quieres de mí?

—Di a esos malditos patrulleros que se alejen y nos dejen la ruta libre o de lo contrario…

—Muy bien, ahora mismo voy —repuso la voz del joven.

De pronto, Macower se fijó en un detalle: los ojos de Maxine.

La vista de la muchacha estaba clavada en un punto situado a espaldas del forajido, éste comprendió bruscamente y se volvió, lanzando un rugido al mismo tiempo que levantaba el arma.

Obcecado por la idea de huir, no se había percatado de que la voz de Denis sonaba dentro de la cámara. El joven había penetrado silenciosamente dentro de la misma y estaba ya muy cerca del criminal.

En el momento en que Macower se volvía, Denis le arrojó algo al rostro, cegándolo por completo. Denis no había querido soltar el pañuelo con los diamantes carbonizados, calculando, acertadamente, la utilidad que podrían reportarle y ahora veía los buenos efectos de su idea.

El rostro de Macower quedó ennegrecido instantáneamente. Su mano apretó el gatillo, pero la descarga resultó inofensiva para el joven, quien, al mismo tiempo, había saltado a un lado.

Denis no le dio tiempo a repetir el dispare. Golpeó con dureza la muñeca de Macower y el arma cayó al suelo.

Macower lanzó un rugido de cólera, al mismo tiempo que se arrojaba sobre la pistola. La asió en el momento en que Denis caía sobre él.

El joven luchaba por su vida y la de Maxine. Le repugnaba infinito emplear tales métodos, pero sabía que no tendría otra alternativa. Sabía que Macower estaba ya enloquecido, tanto por el fracaso de sus planes, como por la sangrienta burla que él se había causado a sí mismo al electrocutar a Berghoff. Si conseguía recuperar la libertad de movimientos, no tendría compasión de la pareja.

La navaja penetró en el pecho de Macower hasta la empuñadura. El forajido tosió.

Denis se apoderó de la pistola, arrojándola a un lado. Macower se puso en pie, todavía con el arma clavada en el pecho.

Una indefinible sonrisa apareció en el rostro del criminal. Asió con la mano el acero y lo dejó caer al suelo.

—¡Qué… lástima… —tosió, en tanto que una rojiza espumilla asomaba a sus labios— …te tuve siempre… tanta simpatía…!

Se desplomó muy lentamente. Cuando sus ennegrecidas mejillas tocaron el suelo, ya estaba muerto.

* * *

Mucho más tarde, Maxine se reunió con Denis, el cual estaba en la cámara de mandos. La joven le apoyó sus manos en los hombros.

—Todo ha terminado ya, querido —dijo —. Los tripulantes han sido recogidos y encerrados bajo fuerte guardia. En la Tierra se les juzgará como es debido, aunque los principales culpables han muerto. ¿Sabes que quieren proponerte para una recompensa?

—Oh, Maxine, yo no hice otra cosa que defender mi vida —declaró el joven.

—Pero, al mismo tiempo, nos ayudaste a nosotros.

—¿Dieron mucho trabajo los tripulantes de la «Speranza», Maxine?

Ella sonrió, al mismo tiempo que movía la cabeza.

—No, querido. A ninguno de ellos le sedujo la idea de morir antes de las veinticuatro horas por asfixia. Al contrario, casi aplaudieron al

capitán Bauder cuando les intimó a la rendición.

Denis se echó a reír. Luego dijo:

—Lo que yo no comprendo es por qué Berghoff ocultaba, y hacía ocultar a los demás, tan celosamente, las muertes que se habían producido a bordo.

—Muy sencillo. Quería crear en torno al supuesto agente un clima de terror, con el fin de obligarle a descubrirse, ya que no estaba muy seguro de que fueras tú. Es más, yo creo, incluso, que sospechaba de Macower.

—Se equivocó y su error le costó la vida. Pero —Denis suspiró—, todo se ha acabado ya. Todo no —exclamó de repente.

Se puso en pie, dio media vuelta y tomó a la muchacha por los hombros.

Dijo cariñosamente:

—Todo no se ha acabado, Maxine. Quedamos tú y yo, ¿no es cierto?

Ella asintió, los ojos ligeramente húmedos, con una brillante sonrisa en sus rojos labios.

—Tienes que cantar para mí esa canción que tanto le gusta al capitán Bauder. Nunca la he oído y…

Pero el joven se interrumpió de repente. Maxine había soltado el trapo de la risa y sus cristalinas carcajadas resonaban fuertemente en el ámbito de la cámara.

—¿Qué te ocurre? —exclamó él, tremendamente desconcertado.

—¡Tonto! ¿Es que no lo has comprendido? Ese título fue una contraseña acordada entre nosotros previamente. Cuando yo la recibiera, tendría que empezar a actuar. Y tú fuiste muy amable al transmitírmela.

—Oh —murmuró Denis. Pero, de pronto, su rostro se iluminó—. Muy bien; si esa canción no existe, haremos que alguien la componga. Es un título que a mí me gusta mucho. ¿Y a ti?

Ella unió su mejilla a la de Denis.

—También, querido. Y sólo la cantaré para ti.

FIN